



Miguel González San Martín nació en Muskiz en 1953. Ha publicado las novelas *Hotel Ucrania* y *Dos entradas para Wembley* (Bassarai, 1996 y 1998), el libro de relatos *Pobeñeses* (Bassarai, 2001, Premio Euskadi de Literatura en 2002) y los libros de artículos: *Los años funámbulos* (Temas Vizcaínos/BBK, 2008) y *Conversaciones de bolsillo* (Premio Café Bretón 2009. AMG, 2010). Sus cuentos han aparecido en diversas antologías: *Literatura corta en Euskadi* (VOSA, 1992), *Narradores vascos* (Hierbaola, 1992), *Narradores españoles* (Hierbaola, 1993), *Los que más cuentan* (Papeles de Zabalandia, 1995), *Bilbao, almacén de ficciones* (Ayuntamiento de Bilbao, 2001), *Relato español actual* (Fondo de Cultura Económica, México 2002, España, 2003), *Cuentos y novelas de Bilbao* (Random House/FNAC, 2007), *Lo breve si breve* (Alberdania, 2008) y *El hombre del cartapacio y otros relatos con humor* (Alberdania, 2011). Es columnista habitual del diario *El Correo*.



bbk

Una vuelta a Bilbao en ochenta domingos
Miguel González San Martín



434-435

Una vuelta a Bilbao en ochenta domingos

Miguel González San Martín

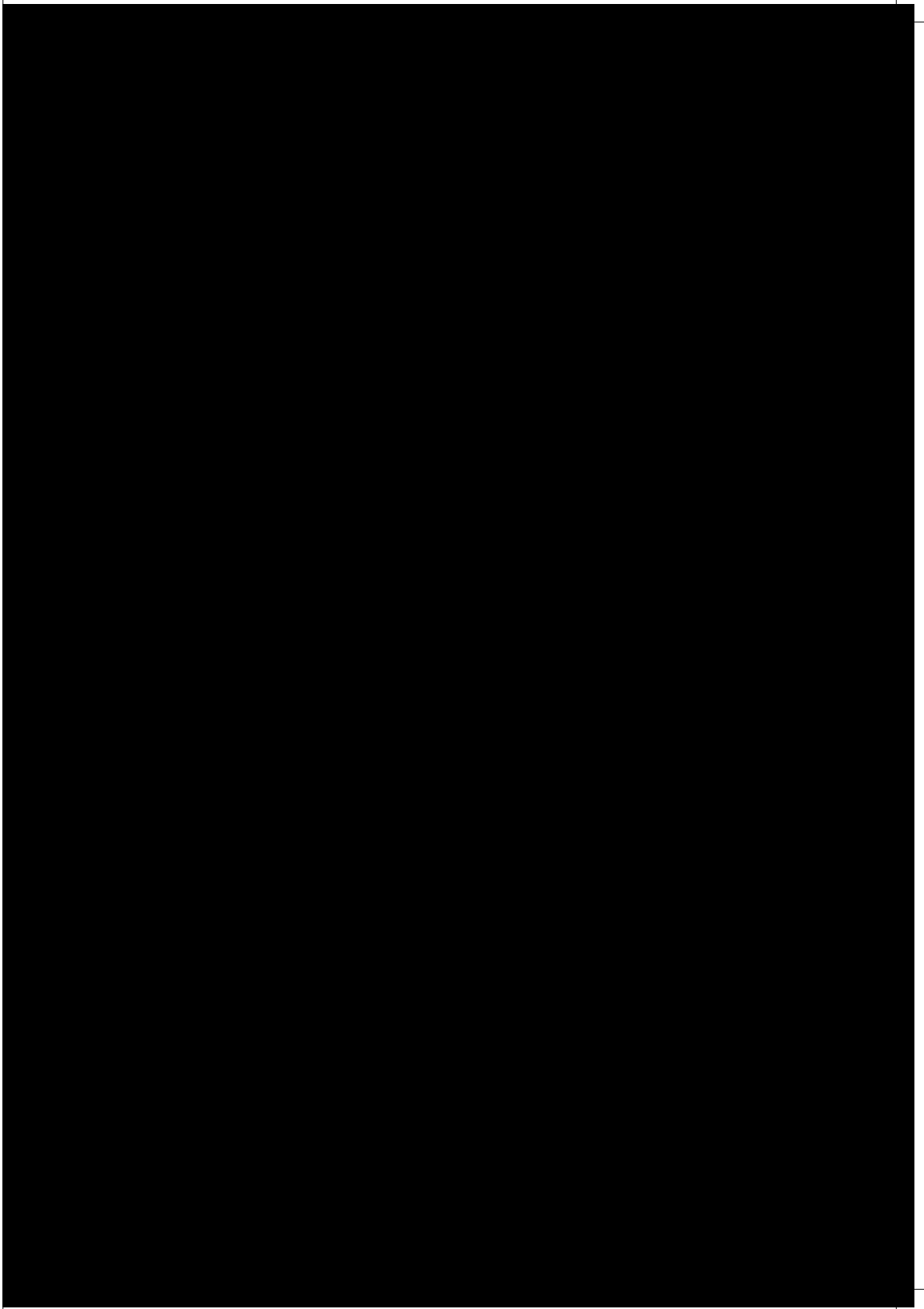
bizkaiko gaiak = temas vizcaínos

Liburu honek Miguel Gonzalez San Martin jaunak *El Correo* egunkarirako igandez igande *Local* sailean idazten dituen zutabeen bilduma bat jasotzen du. Idazlea, batzuetan, berri jakin bati edo garaiko albiste-erreportajeari lotzen zaio; beste batzuetan, berriz, noragabe argirik gabe ibiltzeko abiapuntutzat erabiltzen du bere zutabe hori, harik eta bere pausok, ia konturatu ere egin gabe, hirira ekartzen duten berriro.

Bilbori buruzko zutabe bat *botxo* sentimentalkerian edo *bilbainada* txirenean eror daiteke, edota literatura egiteko genero kostunbristaren arauak onartu naturaltasunez. Zutabea literaturaren eta kazetaritzaren hibridoa dugu, kazetaritza ona berez literatura ez balitz ere. Zutabe batek gauza zentzudunak edo behintzat gatzdunak esan behar ditu, ausart samarrak tonu apalean, arinak, azalekoak izan gabe, eta neurritz dosifikatu behar ditu umorea, epika eta lirika.

Zutabeak bat-batekoak dira akuarelak bezala, berehala idazten dira eta edozein gai buruz; lehen saioan gauzatu behar dira, zeren behin lehortuz gero ez baitago gaintik pintatzerik ez ezabatzerik. Zutabeak denetik daukate, Bilbok bezala, eta hortik idazle askok haien baitan betiko bizitzen geratzeko tentazioa sentitzea.

Una vuelta a Bilbao en ochenta domingos liburuak hiriaren deskribapen bat, ia erretratu bat marrazten du zutabez zutabe. Zutabea, ondorioa ekarri duena.



Colección BIZKAIKO GALAK - TEMAS VIZCAINOS
editado por **bbk**[®]

www.bbkk.es

Una vuelta a Bilbao en ochenta domingos

Miguel González San Martín
434-435

bizkaiko gaiak = temas vizcaínos

Imagen de la portada y contraportada: Bilbao. 2010. Vista panorámica. Fotomontaje realizado por la agencia Paradox con fotografías de Mikel Alonso.

Depósito Legal: BI-1713-2011
ISBN: 978-84-8056-307-9
Imprime: GESTINGRAF
C° de Ibarsusi, 3 – 48004 Bilbao

Este libro recoge una selección de las columnas que, un domingo tras otro, Miguel González San Martín escribe para el diario *El Correo* en la sección de Local. El escritor a veces se ciñe a la noticia o el reportaje de actualidad, y en otras ocasiones los usa como punto de partida para caminar más o menos sin rumbo hasta que sus pasos, casi sin darse cuenta, le traen de vuelta a la ciudad. Una columna sobre Bilbao puede caer en el bocherismo sentimental, en la bilbainada chirene, o puede aceptar con naturalidad las convenciones del género costumbrista para hacer literatura. La columna es un híbrido de literatura y periodismo, si el buen periodismo no fuera ya literario. Una columna debe decir cosas sensatas o al menos ingeniosas, vagamente atrevidas, en tono menor, airosas aunque no ligeras, debe dosificar con moderación el énfasis, el humor, la épica y la lírica. Las columnas son inmediatas como las acuarelas, se escriben al instante y sobre cualquier asunto, deben salir a la primera porque en cuanto secan ya no se puede pintar encima ni borrar. Las columnas tienen de todo, como Bilbao, y por ello hay escritores que se sienten tentados a quedarse a vivir en ellas para siempre. *Una vuelta a Bilbao en ochenta domingos* dibuja, columna a columna, una descripción de la ciudad, casi un retrato. Columna, que algo queda.



El embrujo de Shangai

Siempre que leíamos “China” venía acompañada de ciertos adjetivos, milenaria, misteriosa, inescrutable... que nos traían a la memoria mandarines con uñacas, fumaderos de opio, arrozales... En las novelas de Pearl S. Buck, las chinas se vendaban los pies para que no les crecieran, y se veían sojuzgadas, como suele suceder, por sus propias tradiciones. La China de las películas era de cartón piedra. Los paisajes se tomaban en cualquier otro lugar, y algunos actores eran norteamericanos caracterizados de chinos apresuradamente. Para rodar la escena de los espejos en “La dama de Shangai” no era preciso salir de los estudios. Aquella China no era China. Más tarde vino el libro rojo de Mao, que te dejaba pensativo en cada frase elemental, y algunos se volvieron chinos vocacionales. Se les pasó en cuanto se hicieron mayores. Juan Marsé escribió una novela espléndida, “El embrujo de Sanghai”, una síntesis muy esquemática de todos sus libros anteriores. La ciudad era también de leyenda, como esa palabra, “embujo”, deliberadamente excesiva, como de novelita de quiosco, de perfume dulce y barato, y eran también como los de los tebeos los barcos de vapor, los juncos.

Los chinos no se lanzaron históricamente a conquistar nada porque el arroz es más nutritivo que la dieta europea. En la actualidad, en cambio, sacuden al alza el mercado global porque tiran de la demanda, y a la baja el mercado laboral porque tiran los salarios. Son muchos, pacientes y laboriosos. En eso ha consistido, finalmente, el peligro amarillo.

Shangai es ahora mismo, también, el nombre de un nuevo negociado del ayuntamiento de Bilbao. Bilbao es una de las ciudades invitadas a la Expo de 2010, que se celebrará en Shangai, donde mostrará al mundo la admirable evolución bilbaína. La feria será muy grande, considerando las unidades de medida en estos casos, el campo de fútbol como unidad de superficie y el millón de chinos como unidad demográfica. Siempre es agradable que en otros lugares nos conozcan y nos pongan buena nota. Es bueno para el orgullo localista y también para los negocios. Una diligente brigada de concejales, funcionarios y asesores prepara con entusiasmo ese desembarco de titanio y bacalao al pil pil. Se van a enterar esos chinos. Bilbai, Shangai, son de lo que no hay.

Tiendas sin mostrador

Antes, las tiendas tenían largos mostradores. Los dependientes despachaban desde el otro lado. Los parroquianos pedían la vez. Había una tienda para cada cosa, y tiendas que parecían contener todas las cosas, ruedas de arenques, legumbres o licores a granel, galletas de surtido, azadas, cañas de pescar... Al fondo, en los almacenes, se vislumbraban sombríos apilamientos de patatas, sacos de harina, zafras de aceite... Algunos de aquellos colmados se mantienen gracias a la especialización. Si están en el centro, venden productos de calidad a precios altos, y los de la periferia sobreviven con los olvidos de los vecinos, que encargan el pedido semanal en los supermercados. Ese mercado de los olvidos va siendo ocupado por insondables bazares chinos de guardia permanente.

Lo tienen peor las tiendas de ropa o calzado de las afueras. En Bilbao se han cerrado casi trescientas en el último año. Los clientes no se quedan en el pueblo o en el barrio para esas compras. Se desplazan al centro o a las grandes superficies, porque hay más donde elegir y pueden entretener la mañana o la tarde.

Los largos mostradores antiguos tenían efectos intimidatorios. Había que tener mucho carácter para seguir diciendo que no a la sexta o séptima camisa delicadamente desplegadas sobre el mostrador, para irse de la tienda sin comprar. Aquellos atildados dependientes, árbitros de la elegancia, que hablaban con diminutivos y se movían con ademanes de sastre, leales al paño y atentos con el cliente, han sido sustituidos por distantes chicas monas que no miran a los hombres o las mujeres invisibles. Las tiendas y los clientes se han sometido a la servidumbre de las marcas y las franquicias. La clave del negocio está en la distribución y la gestión de stocks. Ni siquiera los libreros son ya aquellos directores espirituales que callaban por prudencia si comprabas un mal libro o premiaban con una misteriosa sonrisa si elegías a Lezama Lima, como si Lezama Lima fueran ellos. Ahora los libros se venden en pilas, como las patatas de antaño. Se venden solos, de manera redundante, los libros más vendidos.

Los niños del 37

Miro una foto antigua, que viene en un folleto, “Homenaje a los niños vascos de la Guerra. Toda una vida siendo niños”. Cuatro chicos levantan las cabezas hacia la cámara, en un gesto que acentúa la gravedad de sus miradas. Llevan el pelo sobre la frente, salvo uno, que se cubre con un sombrero extemporáneo, como de Karen Blixen en “Memorias de África”. Están serios. Se diría que esas miradas tan lúcidas no se corresponden con sus edades, entre los cinco y los diez años, aproximadamente, pero lo cierto es que clavan la importancia del momento. Es el año 37 y están a punto de embarcar en el “Habana”, con sus bártulos, sus jerseys hechos en casa, sus abrigos pobres... hacia Inglaterra, donde algunos ciudadanos “de ideas”, enmendando a sus dirigentes políticos, que estaban por el apaciguamiento con el fascismo, habían organizado por su cuenta campamentos, escuelas, casas de acogida... hacia la Francia contradictoria de Léon Blum, la Bélgica del otro árbol de Guernica, la Unión Soviética de los pioneros que aprendieron diversos oficios y eran ya adultos antes de que se plantease siquiera la posibilidad de su regreso, al México de Lázaro Cárdenas, aquel sudaca (no lo olvidemos nunca) solidario con los

republicanos del exilio, con los hombres y las mujeres, los poetas y los niños.

A veces creemos que una vida más plena nos espera en otra parte, pero tal vez allí echaríamos de menos el lugar donde ahora estamos. Es lo que les pasó, en esencia, a los niños evacuados de la Guerra. Volvieron, pero algo de ellos quedó en otro lugar para siempre, un lugar con el que no se hubieran atrevido a soñar, de donde querían volver por lealtad, pero en el que les hubiera gustado también quedarse. Quienes subieron a aquel barco cambiaron definitivamente. Algunos volvieron dos años después, porque otra guerra les persiguió hasta sus países nuevos. Otros, siendo ya hombres o mujeres. Hay quien no ha vuelto nunca, y algunos lo han hecho alguna vez, de vacaciones. Entonces lo miran todo con la mayor curiosidad, y se quedan pensativos. Todos han soñado, seguro, que van pero regresan, o al revés, o las dos cosas. Muchos fueron dejando para más adelante embarcar de nuevo algún día, echar un último vistazo a la mayor aventura de su infancia, tal vez de sus vidas. Muchos nunca llevaron a cabo ese plan, pero todos, sin excepción, han hecho en este tiempo, mientras intentaban mantener las miradas abiertas y deslumbradas que tenían entonces, largos e intensos viajes personales.

La marea de mañana

En el debate sobre el canal de Deusto se ha colado el cambio climático. Se está pensando en darle al relleno medio metro más de altura, en previsión de que suban las aguas. Todo el mundo habla del cambio climático. Medio metro puede convertirse en una visión apocalíptica para el vecino con el que nos acabamos de encontrar en el ascensor y apenas sabemos qué decirle: “Van a darle medio metro más al relleno”, dice el vecino o decimos nosotros, como si fuéramos pasteleros, ingenieros de caminos, puertos y canales o expertos en el clima. “Por si acaso”, añadimos o añade, con expresión de pesadumbre y de estar en el secreto, como si fuéramos presentadores de uno de esos telediarios en los que, si los programadores se han quedado cortos en dos o tres minutos, los osos polares pierden pie sobre los icebergs y se echan a nadar. “Por el cambio climático”, decimos al unísono, justo cuando uno de los dos ha llegado, al fin, a su planta.

Hablamos por hablar del tiempo que lleva lloviendo o sin llover, del frío o el calor que ya no son naturales como los de antes. El catastrofismo siempre ha tenido partidarios, y es contagioso. Hay científicos, la mayoría, es verdad, preocupados por el cambio climático. Otros, una minoría

cualificada, piensan que se está exagerando un poco. Hay ex-políticos, como Al Gore, que consiguen el Nobel inflando los datos adversos para que resulten más llamativos. Otros, como Helmut Schmidt, consideran que lo que está recalentado, más que el planeta, es un debate cada vez más histérico. Los políticos en activo creen que se trata de un asunto de izquierdas y derechas. Los más cínicos extrapolan los datos a su conveniencia. Algunos están instalando ya en sus países, y vendiendo en el exterior, con muchísima menor oposición de la que pudieron nunca soñar, prácticamente sin que rechiste la ciudadanía, abundantes centrales nucleares. Esa sí que es una buena paradoja, la que conduce desde el ecologismo a la energía nuclear. Centrales nucleares para evitar el cambio climático. Si en algo coinciden todos los científicos es en que el clima lleva cambiando desde el principio de los tiempos. A lo largo del siglo XX, el nivel del mar subió 18 centímetros, y para 2100 habrá crecido entre 30 y 50. Son unas previsiones que justifican andarse con cuidado y darle medio metro más de altura al relleno del canal de Deusto, pero tal vez no sean suficientes para irse a vivir a las montañas o ponerse a construir una nueva arca de Noé. A un holandés, acostumbrando a gestionar las aguas, esa marea le parecería una broma.

Tiempo de ceniza

Cada vez son más las personas que encomiendan a familiares y amigos que se ocupen de su incineración. Desde que empezaron las incineraciones, tenemos una nueva y dudosa libertad de elección. Ya hay difuntos espolvoreados con disimulo en la playa de La Concha o en el campo del Betis. Un lugar común en las comedias costumbristas actuales es la escena en que cambia el viento en el momento justo de echar unas cenizas al mar.

El problema mayor no es el que lamentaba recientemente Benjamín Prado, a quien le gusta visitar las tumbas de sus escritores favoritos. No hay modo de que visite la tumba de quien fuera su amigo, Rafael Alberti, porque las partículas elementales que constituyeron al poeta flotan en el aire y el agua de la bahía de Cádiz. Tal vez algunas, revoloteando, se hayan depositado finalmente sobre la estatua que le dedicaron sus paisanos, con mejor intención que buen gusto, en una rotonda de El Puerto de Santa María. El problema mayor es otro. A esas cenizas les sucede como a los residuos nucleares, que no hay manera de deshacerse de ellos con limpieza. Se han fotografiado contenedores resquebrajados, en el fondo del mar, con residuos nucleares en su interior.

Si fueran enterrados, podría haber un terremoto que los sacara a la superficie y sería un disparate demasiado caro fletar cohetes para enviarlos a la Luna. De igual manera, las cenizas de un familiar o amigo pudieran volverse en exceso corpóreas en el paseo que compartimos tantas veces, tendrían una presencia inquietante, imposible de eludir, en el jardín o sobre una estantería, incluso transmutadas en diamante y engastadas en el más leal de los anillos, como sugiere cierta publicidad funeraria.

Quién no comprendería las razones de los vecinos de Bilbao que no quieren un crematorio junto a sus casas, que prefieren abstenerse de respirar esos humos, casi podría decirse esas almas. La normativa y su interpretación deberían considerar algunos muy humanos intangibles. No se trata sólo de medir si el humo contamina los pulmones de los ciudadanos, sino de evitar que ensombrezca su ánimo, de sacar, el humo y las cenizas, de la vida cotidiana.

Poema pedagógico

Los centros de menores de Loiu, Orduña, Amorebieta y Arcentales fueron noticia, en su día, porque algunos de los chicos dieron problemas. Sería mejor para todos que no los dieran, pero si fueran ejemplares, si obtuvieran notas estupendas, al menos en urbanidad, no serían necesarios esos centros, situados en lugares concretos de nuestra geografía, cercanos a las casas de honrados ciudadanos que pagan sus impuestos y a quienes les gustaría tener el privilegio de elegir a sus vecinos. Eso no se contempla todavía, qué le vamos a hacer, en la lista de los derechos humanos.

Cada ciudadano lleva dentro de su conciencia un péndulo que se mueve entre el alocado anarquista y el conservador más reaccionario, un péndulo en general bastante acomodaticio. Todo el mundo se apunta con presteza a las ventajas y los derechos y procura desviar los problemas hacia lugares lejanos. El conde de Romanones decía sentirse deseoso de la llegada del comunismo: entre lo que él ya tenía, y lo que le tocase en el reparto, juntaría una buena renta. Los informados vecinos de Laukiz, el municipio con la renta media más alta de Euskadi, pelean denodadamente para que la Diputación no instale, en un caserío del que es

propietaria, un centro de menores. Han puesto el asunto en manos de sus abogados.

Sería un error convocar un referéndum, en Laukiz o en cualquier parte, e innecesario, porque es trivial el pronóstico del resultado, pero tal vez las cosas tampoco se deberían hacer casi a escondidas. A las instituciones les toca, a veces, tomar decisiones impopulares. Están también para eso. Deberían explicar con naturalidad que esos chicos son menores con graves problemas de conducta, pero que no han cometido delitos ni faltas (en cuyo caso estarían en dependencias judiciales, no sociales). Los educadores que trabajan con ellos intentan precisamente que no lleguen a cometerlos. Saben que la gente dichosa no necesita autoridad alguna, pero a los adolescentes complicados les ayudan la adquisición de hábitos básicos, la tutela individualizada, las sesiones grupales en las que cada uno se pone en el lugar del otro, la ejemplaridad, el respeto, el afecto... Esos educadores son nuevos Makarenkos, que escriben cada día un hermoso y difícil "Poema pedagógico". Puesto que la convivencia es mejor en pequeños pisos de acogida, convendrá repartir a los chicos por distintos lugares. Debería hacerse con justicia distributiva, desde los barrios obreros a las urbanizaciones exclusivas.

El color del agua

Llega la época en que los ciudadanos sienten por un momento la subversiva sospecha de que hubieran podido nacer para la felicidad y el verano. Entonces se tumban en las playas, esos lugares democráticos, al sol como los lagartos, pensando en nada o con un libro en las manos. El primer chapuzón les trae el recuerdo de lo que sintieron de niños, la intuición repentina de que el mundo era un lugar promisorio. Justo antes del inevitable artículo de Pérez Reverte, en el que se enfada cada año con nosotros por afear el paisaje que contempla con su catalejo de lobo de mar, cuando caminamos con pantalones cortos y sandalias anfibias por los arenales y los paseos marítimos, llega la noticia de que estamos perdiendo banderas azules en las playas. Cuarenta y nueve en todo el litoral. Cuatro en Bizkaia, donde sólo queda ya una, la de Azkorri. Los portadores de tan inquietantes nuevas se ofrecen a interpretarlas. En realidad, vienen a decir, esas banderas azules, de las que hasta ayer presumíamos, nunca fueron para tanto. Las concede una asociación internacional, AEAC, al parecer sin ánimo de lucro, que ha decidido, ahora, endurecer sus indicadores.

El bajonazo general en las notas depende de los sedimentos, de la alternancia brusca entre períodos de sequía y lluvias torrenciales, bla, bla, bla, pero también de las prestaciones de servicios. Antonio Burgos considera que a una playa le dan la bandera azul si dispone de botiquín, altavoces para anunciar que se han perdido Rebeca o Vanessa, letreros para que no se bañen los perros, y vendedores itinerantes que ofrecen, a veces, patatas fritas o agua y cerveza frescas. Seguramente se trata de una exageración, como tal vez también lo sea la concesión de banderas negras a tutiplén por otro colectivo denominado significativamente “Ecologistas en Acción”.

A lo peor todo esto no es sino una guerra comercial entre la concesionaria de banderas azules y esas prósperas empresas que emiten certificados de calidad, tras auditar la excelencia de los quioscos de los helados. Hay maliciosos que sospechan de los grandes barcos que limpian las sentinas, de las aguas residuales urbanas, de las empresas que se lavan las manos tras llevar a alta mar sus vertidos, olvidando el efecto Prestige, es decir, el reflujó de las porquerías con la marea. A los playistas corrientes también nos concierne nuestra parte en esa urgente tarea de que el agua vuelva a ser incolora y rubia la arena.

Aniversario cósmico

A partir del séptimo centenario de la ciudad, las autoridades tomaron la decisión de celebrar cada año el aniversario de la fundación. Es una buena idea. Los números redondos tienen un extraño prestigio, pero qué más da, en realidad, salvo para los supersticiosos, que sean setecientos justos o setecientos ocho. Cualquier pretexto es bueno para convertir un día en especial. A las ciudades, como a los himnos, les sale a veces un instinto bravucón y follonero. Entonces les da por conmemorar bombardeos, asedios o liberaciones, escabechinas, salvajadas, les da por recordar situaciones en las que los ciudadanos tuvieron miedo, estuvieron tristes, pasaron hambre o fueron desgraciados. Cuánto mejor recordar los días felices, los acontecimientos amables, cuánto mejor celebrar la alegría. Es una buena idea elegir fechas que no planteen controversia, que sean aceptadas por unanimidad, como la fundación de Bilbao.

Los bilbaínos tienen una acreditada afición por los fuegos artificiales, que demuestran sobradamente en agosto. También se están enganchando, en junio, a los espectáculos de luz y sonido. Anoche, en la explanada de la antigua feria de muestras, pudieron ver el montaje titulado 'Bilbao cerca del cielo',

definido por sus creadores y propagandistas como una «ópera urbana celestial», un «macroespectáculo multidisciplinar aéreo», cuya pirotecnia, como se ve, empezaba por las palabras. El visionario creador del espectáculo, Franco Dragone, procede del Circo del Sol, y cuenta con montajes permanentes en lugares tan dispares como Las Vegas o Macao.

Inventos pintorescos del estilo de los del inolvidable profesor Franz de Copenhague, el del TBO, acróbatas, cohetes espaciales, equilibristas, «hinchables que iluminan el cielo como auroras boreales», danzantes aéreos. Los espectadores vieron cosas que ustedes no creerían, naves en llamas más allá de Orión, rayos C brillar en la oscuridad cerca de las puertas de Tannhäuser, como el replicante de Blade Runner. «Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia». Hubo un homenaje a Julio Verne y otro al Arthur C. Clarke popularizado por Stanley Kubrick. Los espectadores más sugestionables viajaron por el espacio sideral bajo una lluvia de meteoritos, llegaron a la luna ayudados por su imaginación y los efectos especiales. El primero de los actos conmemorativos de la fundación de la ciudad fue ciertamente un espectáculo estelar. Bilbao 2008, una odisea del espacio.

Muchedumbres solitarias

Leo la expresión “Muchedumbres solitarias” en un panfleto anarquista que recomienda la democracia directa frente a la representativa. Todos opinan de todo, nadie representa a nadie. Asambleas, autogestión... La democracia directa vendría al rescate de las muchedumbres solitarias. Qué bonito es el anarquismo y qué a gusto deben de estar entre ellos, cuando se reúnen y van pidiendo educadamente la palabra, que suele gustarles mucho. A cada cual según sus necesidades. También Chávez propone para Venezuela la democracia directa, mediante la formación de consejos comunales, que eligen en asamblea a sus voceros (sic).

En Bilbao ha renacido el asociacionismo vecinal, que tuvo mucha fuerza en el tardo franquismo y la transición, y se fue diluyendo a medida que se consolidaba la democracia representativa. Hay quien separa la política de la gestión. Julio Anguita paseaba con Cristina Almeida en uno de aquellos antiguos videoclips preelectorales. Él daba doctrina con la mirada en el horizonte, la mandíbula levantada, el antebrazo derecho en ángulo recto, la mano abierta, con la palma hacia atrás como un retrovisor, el brazo izquierdo ceñido, en perfecta horizontalidad, a su espalda. Cometían ese error frecuente en los

narradores novatos, el de contarse cosas que ya sabían, con el único fin de informar a los espectadores. Sin embargo recuerdo bien aquella lección peripatética. Toda gestión pública –decía “El Califa”–, se quiera o no, es política. Invertir en los barrios o en el centro de las ciudades es una de las disyuntivas entre la izquierda y la derecha.

Parece muy saludable que los vecinos se tomen molestias por el bien común. Da la impresión de que tras una inicial perplejidad, los representantes municipales han mostrado una mayor cintura ante la presión de los vecinos. Es buena la comunicación, en la municipalidad y en los distritos, pero una ciudad no debería convertirse en una especie de reino de taifas donde cada agrupación tire hacia su barrio de los presupuestos. El derecho y la obligación en la toma de decisiones corresponden a los representantes de la ciudadanía, en proporción a sus resultados electorales. Pudiera suceder que no todos estuvieran de acuerdo, pero siempre pueden presentar candidaturas en las siguientes elecciones municipales.

Animales

Las muertes violentas de los hombres están tan contadas, en la vida real y en la ficción, que su impacto sólo dura unos instantes, tal vez unos días. Por trágicas que sean, accidentales, derivadas de guerras o catástrofes, infligidas por razones ideológicas, religiosas, pasionales, por dinero, están demasiado vistas y leídas para que sorprendan. Acabamos “comprendiendo” las razones de los asesinos, por disparatadas o infames que sean, incluso de los psicópatas, que no son exactamente enfermos, sino mal nacidos que disfrutaban haciendo daño, “comprendiendo” esa turbia geografía, sin fronteras nítidas, de la chaladura, la maldad y la estupidez.

La brutalidad ejercida sobre los animales funciona mejor narrativamente, porque suele ser gratuita. Hemingway, en un párrafo del cuento “Historia natural de la muerte”, dice: “Los griegos rompían las patas de todos sus animales de carga y los arrojaban desde el muelle a las aguas bajas, para que se ahogasen.” Ese párrafo tiene más fuerza que muchos de los contenidos en sus novelas de guerra, es más brutal que los fantasmagóricos safaris en los que se enrolaba, a tanto la pieza de animal grande y noble, es más cruel que las corridas de toros que presenciaba desde la barrera.

Muñoz Molina mostraba recientemente su desprecio por las corridas de toros. Relacionaba la crueldad en las plazas con otras que recordaba de su infancia, como la de aquel bárbaro cateto que desenganchó, en su presencia, a un perro y una perra, con un golpe seco de navaja.

Esta semana, en La Peña, un hombre tiró por el balcón, desde un décimo piso, a sus dos perros. Producen mucha tristeza esos perros y también ese hombre capaz de algo tan atroz y disparatado. Eso sólo puede hacerlo un pobre hombre. Debería comparecer ante un juez, pero también ante un médico. Algo grave debe de haber sucedido en su mecanismo interior para que se castigue de ese modo, para que se prive, de esa manera tan sórdida, de su única compañía. Ahora ese balcón, esa casa, ese hombre son pura desolación. Sólo quien ha tenido perro conoce la amistad incondicional. Se lo decía Rafael Alonso a Fernán Gómez en "El abuelo": "Qué me va a contar a mí de soledades, si llevo tres perros enterrados".

Teoría de colas

España es una tierra de migraciones. Vinieron fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, árabes... Los españoles se fueron a hacer las Américas, para levantar, al volver, si tuvieron suerte, un palacio o una casa de indianos. Sin remontarnos tanto, en los primeros años del siglo XX se fue a la emigración uno de cada diez españoles. Otros al exilio, tras la guerra, y a Europa en los 60.

El País Vasco fue una tierra de hierba en una economía secular agraria basada en el olivo, el trigo y la vid, una tierra de emigración salvo en el cuarto de hora que supone en la historia el tiempo posterior al boom del hierro, que empieza en 1876. No conviene olvidarlo, a la hora de tratar a los emigrantes. Muchas veces lo fuimos. El emigrante tópico es el gallego. Rosalía de Castro deja por un momento su dulzura melancólica para enarbolar, indignada, su conciencia social: “Castellanos de Castilla, /tratad bien a los gallegos, /cuando van, van como rosas; /cuando vienen, vienen como negros.”

Hay una parte de las matemáticas aplicadas a la economía que se denomina Teoría de Colas. El Ministerio del Interior debería contratar al menos a un especialista en la materia, que hiciera un diseño de tareas y eliminara el humillante trasiego

de inmigrantes que hacen cola cada día, en la comisaría de Indautxu y en las de todas las ciudades, para poner en orden sus papeles. Esos papeles son su carta de ciudadanía, con la que poder trabajar o irse de vacaciones a su tierra sin miedo a ser rechazados al volver. Las colas dan la vuelta a las manzanas, en Bilbao y en todas partes. Algunos se quedan a dormir en la cola, para llegar a tiempo o vender el sitio. No hay que extrañarse. Cuando escasea un bien o servicio, aparece el mercado negro. En Cádiz, algunos emigrantes han sido detenidos por no tener sus papeles en regla mientras hacían cola para arreglar sus papeles. No parece serio en la edad de las telecomunicaciones. Alguien debería ponerse a estudiar Teoría de Colas.

Itxas Lur

Más que la naturaleza salvaje, me gustan los paisajes civilizados, las obras de los hombres sobre ellos, el recuerdo de unos pasos. Itxas Lur es un hermoso paisaje salpicado de recuerdos y arqueología industrial. Hay un Itxas Lur ampliado, pero hablaré del imprescindible. Vayamos en coche hasta Covarón, pasando Pobeña de largo. Una amena carretera local discurre entre eucaliptos, que clarean a veces permitiendo vislumbrar montes no tan altos ni tan lejanos como pudiera parecer en esa mirada rápida entre las curvas. Dejamos atrás Covarón y nos dirigimos hacia los acantilados. Entre la maleza pueden verse dos hornos de calcinación, desdentados de ladrillos refractarios. Cerca del aparcamiento hay merenderos de madera y barbacoas de obra. Si nos acercamos a la barandilla, estaremos en el mejor observatorio de los patos en otoño. Tras viajar desde el otro lado del mar, los patos silvestres descansan durante el día en el agua, cerca de la línea de costa y, al atardecer, poco después de que el sol se oculte, salen hacia el interior, por el poniente, en tropel, en agrupaciones formadas a veces por una centena de individuos.

Sobre El Pedregal es inevitable pararse. Una docena de grandes barcos cuelgan a distinta altura del horizonte. El panorama es una falsa bahía, de Castro a Punta Lucero. El camino transcurre por los acantilados, a unos treinta metros de altura, sigue el trazado de un ferrocarril minero de principios del siglo XX, cuando estas colinas fueron una maqueta de tamaño natural donde se instalaron los primeros mecanos de la modernidad. Apenas se ha retocado nada: el firme, unas barandillas de madera y unas fuentes de hierro forjado. Hay caballos en las pendientes, rumiando, pensativos. La vegetación es escueta, con predominio de las árgomas. El paisaje verde hasta el mar, las peñas junto al agua,

recuerdan Irlanda o Bretaña. Cada vez un mayor número de peregrinos sigue por aquí el camino de la costa hacia Santiago. En la punta del castillo viejo sólo queda un cobertizo donde hubo una batería de costa. El brazo de tierra que se mete en el mar es un modesto Cabo Sounion de pizarras inclinadas. El camino se abre en los campones donde pastan veinte vacas dispersas que posan como para un calendario. En lo alto está el Lavadero de Campomar, adonde llegaba el tranvía aéreo, desde La Arboleda, trazando ondas sobre el valle. El agua bombeada del mar servía para lavar el mineral, que era enviado de vuelta en el mismo artefacto, cadena sin fin, sobre baldes colgados. Quedan como testigos el gran tope de piedra, la planchada, y derruidos edificios de oficinas. Más abajo, en las marismas, junto al río, quedan los pilotes que un día sujetaron las torres.

El camino se bifurca. El ascendente conduce al mejor panorama de todo el paseo. El que baja, nos lleva al Cargadero de Mac Lennan, la estación término del tren minero. Mediante maniobras no siempre sencillas, los barcos atracaban justo debajo, y el mineral de hierro caía en sus bodegas. Pobeña - Inglaterra - Pobeña. Es posible bajar por unas escaleras hasta el tronco de cono escalonado, y hasta hace muy poco era posible acercarse y tocar el cargadero herrumbroso que se asomaba, desvencijado, como un insecto gigante, sobre el agua. Ahora ya no. Un maretazo, cien años después, se lo ha llevado.

El camino gira en el sentido de las olas. Da un poco de vértigo mirar los covarones del fondo. En la barra nunca faltan los pescadores de caña ni los muchachos del surf. Al otro lado de la costa se ven los cañaverales de Lastrón, la playa de rocas. A la derecha, Montañón, noticia de portada en los periódicos de Europa en la segunda carlistada, cuyas cortaduras no son naturales sino las primeras trincheras de la historia militar del mundo. El camino desemboca en una escalinata de gran pendiente, sobre un antiguo plano inclinado. Baja a la ermita, al golden gate municipal que comunica con la playa de La Arena, ferruginosa y obrera, al malecón, a la marisma, a Pobeña.

No son marcianos

Al playero no le dejan tranquilo las preocupaciones del año, ni la costumbre de estar preocupado. Va y viene por la playa, toma una cerveza, lee un poco, camina por la orilla, vuelve y escucha, aunque no lo quiera, la conversación de sus vecinos de toalla. La conversación del verano es la carabela portuguesa, una variedad pernicioso de los pólipos y las medusas. Los nombres tienen mucha importancia. Éste, tan literario, ha hecho fortuna. Ya se sabe que los aprensivos están encantados de apuntarse a las nuevas palabras que designan preocupaciones de siempre, reales o imaginarias.

Si una medusa le da este verano un susto a un bañista, éste se sentirá aliviado, pero en el fondo excluido, si se entera de que no ha sido la carabela portuguesa. Los playeros necesitan tener preocupaciones para seguir siendo los del resto del año. Les cuesta quedarse tumbados al sol, leyendo algo o sin pensar en nada, pasear por la orilla, jugar con las olas, nadar un poco, desconectar, estar tranquilos. Para cuando empiezan a zambullirse en la tranquilidad, les toca ir pensando en la vuelta.

La serpiente del verano es, este año, una medusa, la carabela portuguesa. Bien, habrá que tener cuidado, acercarse

al puesto de socorro si tenemos un contacto carnal de riesgo con alguno de esos pólipos traslúcidos, esas sombrillas cimbreantes empujadas por las corrientes y el viento que parecen marcianos gelatinosos pero no lo son, ni su modesta invasión, que no pasa de dos dígitos, es la guerra de los mundos. Sabemos que no deberían llegar a las playas, porque no les gusta el agua dulce y los ríos se han hartado de bajar agua de lluvia en primavera, pero algunas llegan. Su número aumenta por la sobrepesca y la contaminación de hidrocarburos. Son un coñazo las medusas, pero sólo eso. Los playeros no deberían abandonar sus posiciones, conquistadas tras un duro año. Hay más peligro en cualquier otra parte. Abandonar las playas sería como dejar de ir al campo por temor a los rayos, las avispas o las culebras. Consulten las estadísticas. Si les pica una medusa, acudan al puesto de socorro, pero no se pongan en lo peor. Piensen en el modo de adornar la historia en la oficina, cuando todo se acabe. «Carabela portuguesa com certeza, é com certeza carabela portuguesa».

Pasadoscope

Los esforzados promotores del Museo de la Minería no descansan, a pesar de que muchos de ellos están jubilados. Ahora mismo defienden la permanencia del cráter escalonado de la mina Concha II. El paisaje de la Zona Minera es el resultado de la acción de los hombres, aunque parezca un paisaje lunar. Hay verdes colinas que son apilamientos de rojo mineral desechado, donde ha crecido la hierba. En cambio, la mina Concha, que tiene doscientos metros de profundidad, y cuya cota inferior está veinte metros bajo el nivel del mar, el punto más profundo de Bizkaia, es un hoyo que ocupa el lugar donde antes hubo un pueblo elevado. El Gallarta antiguo estaba sobre un ribazo, era “una pequeña Toledo”, como decía el inolvidable pintor Pedro Muñoz Condado, cuyo secreto para pintar las rocas era un tono particular del color violeta.

El Museo de la Minería fue creciendo de abajo arriba, gracias al tesón de sus fundadores, que comenzaron recogiendo tornillos, tenazas, barrenas, taladros... reconstruyeron vagonetas, viejas máquinas... y dieron la lata en las instituciones. Ahora recaban apoyos otra vez, para evitar que la Concha desaparezca por el expeditivo método de rellenarla

con millones de toneladas de tierras diversas. Se diría que los montes de Triano y Matamoros no fueran a descansar nunca, perpetuamente removidos con rastrillos manejados por ciegos gigantes.

Los pueblos, las ciudades, las civilizaciones se van superponiendo, unos sobre otros, como palimpsestos aleatorios. Quedan algunos cerros testigos, en ocasiones por puro azar, pero otras veces porque eran más pintorescos o estaban mejor contruidos. La arqueología no pretende conservar todo cuanto fue sino los elementos necesarios para explicar cada época, así como los verdaderamente singulares aun para las miradas menos atentas. No se pueden conservar todos los altos hornos, todas las minas, los astilleros, crear una especie de nostálgico Pasadoscope. Sería como almacenar cachivaches en un trastero que pronto se volvería impracticable. Hay que elegir, como hacemos con nuestros modestos pertrechos, pero yo no echaría una sola carretillada de tierra sobre las hondas espirales de la mina Concha.

Los olvidados

Los libros escolares de nuestra infancia insistían en que determinados personajes de la Historia murieron pobres y olvidados. Esa manera de rematar aquellas biografías mínimas no era casual, no correspondía sólo al tremendismo que a veces se nos escapa cuando contamos una buena historia más o menos paradójica. Llevaba implícitos una enseñanza moral y un mensaje desalentador. No sólo señalaba la poca sensibilidad de los contemporáneos que abandonaron a aquellas celebridades, sino que enviaba a los niños un mensaje derrotista sobre los afanes de este mundo. Tanto esfuerzo para nada, venía a decir. Vanidad de vanidades. Fuegos fatuos. ¡Para qué, cómo que para qué! Para legar las nuevas geografías, físicas y mentales, libros, cuadros y conciertos, inventos, medicinas que supusieron un avance para la humanidad, esa muchedumbre que destaca exploradores para que le vayan señalando el camino, en su avance lento y de relevos.

Los servicios sociales del Ayuntamiento de Bilbao se ocupan cada año de organizar el entierro de una treintena de personas que mueren pobres y olvidadas, hasta el punto de que nadie se hace cargo de sus restos. Tuvieron justo dónde caerse muertos, pero no contaron con nadie que se ocupe

de la posterior intendencia. Pues bien, los preparativos y el entierro, con la dignidad que todas las personas merecen, no corre por cuenta de la caridad, como antiguamente, sino de las instituciones públicas. Se paga, como debe ser, con nuestros impuestos, en una prueba irrefutable de que la humanidad, a pesar de tantos tropicónes, avanza hacia adelante. A Mozart lo echaron, sin más, a una fosa común.

Todas las vidas son valiosas, por más que sigan el recorrido de las ciencias naturales. Los hombres nacen, crecen, a veces se reproducen y siempre mueren, pero no da lo mismo lo que hicieron mientras tanto. Cada persona es depositaria de una visión del mundo, de unos pensamientos y emociones estrictamente personales, por más que en ciertos casos resulte tan desequilibrada la contabilidad de alegrías y decepciones. Algunos son olvidados antes de que empiece a correr el reloj de la posteridad, ese delirio insensato de la especie. Son unos tristes adelantados, a esos efectos. Todos los muertos están solos y a todos les alcanza el olvido, pero antes, todos ellos fueron gloriosamente únicos y especiales.

La carretera

Dos coleccionistas de fotografías, carteles, vestuario, maquetas y objetos diversos relacionados con el circo, piden ayuda a las instituciones para que su colección no se pierda, y no se pierda con ella el recuerdo de artistas de fama mundial y modestos titiriteros de provincias. Los coleccionistas son fetichistas inocuos cuya afición suele estar relacionada con sus propios sueños incumplidos.

El circo despierta en los espectadores sentimientos contradictorios. Por un lado mantienen los ojos abiertos ante el riesgo de que las fieras ataquen al domador, se resbale el trapecista o al prestidigitador se le caigan los platos, y los cierran cuando alguna de esas cosas sucede realmente. Las personas sentimentales lo pasan mal en el circo. Temen que los artistas puedan equivocarse, no hagan gracia los chistes de los payasos, apenas se vendan números de la rifa, venga poco gente o bostece, predomine el componente patético del espectáculo. Desean que las cosas salgan bien y por eso aplauden con entusiasmo al final, más aliviados que contentos. Envidian la vida que imaginan diferente y variada de los artistas de circo y sus familias, pero a la vez sienten lástima al imaginarlos de acá para allá con sus roulottes de

alto standing o sus furgonetas renqueantes, de ciudad en ciudad o de pueblo en pueblo, nómadas con sus carpas gigantes o sus modestos tenderetes. Recuerdo a Linda Baker, la mujer de hierro. Rompía por la mitad superpuestos mazos de naipes, contrarrestaba la embestida de una vespa, que el conductor no conseguía mover del sitio, por más que acelerase, arrastraba camionetas, como Torso de Bisonte, el forzudo de Orduña. Recuerdo el motocarro con toldo y cartolas de Zampanó, en “La estrada”, la ternura de Gelsomina, la crudeza de sus vidas por las carreteras del neorrealismo italiano, la trompeta de Nino Rota.

El coleccionismo y la escritura tienen en común el combate perdido de antemano contra el olvido. Se colecciona y se escribe para evitar que se desvanezcan las personas, los lugares, las costumbres, las emociones, los afanes, reales o imaginarios, para estirar un poco más los recuerdos. No sé si hay lugar para un museo del circo, no sé si los objetos disponibles serían suficientes. Sospecho que en el mercado de los museos empieza a ser superior la oferta que la demanda. Tal vez sea el tiempo de imaginar espacios de exposición no especializados, en alguna de cuyas salas diversas pudiera conservarse, con dignidad, la memoria de los viejos circos.

Darse de baja

Hay compañías, instituciones, pandillas, que firman a sus afiliados a perpetuidad. Llamas para darte de baja y oyes una especie de tos. Cuando el empleado de atención al cliente consigue sujetarse la risa, comienza a enumerar los requisitos, condiciones, plazos... Te pones en lo peor. El tiempo irá pasando, se producirán malentendidos, contratiempos, imponderables, te aplicarán espeluznantes sanciones que nunca imaginaste, previstas en la letra pequeña de un folleto que no tuviste la cautela de leer con detenimiento... No sirve de nada llevarse mal rato, esos comerciales son asépticos pararrayos. Hay compañías que contratan para esa sección a campeones de la paciencia y la sonrisa, con las espaldas como frontones y más conchas que los galápagos. "Darse de baja, dice usted". A los más concienzudos de entre ellos no se les ha dado de baja nunca nadie. Te das por satisfecho si al colgar, resignado a desistir, no te sientes culpable por la frivolidad de haberlo intentado.

El derecho a la apostasía, la libertad de darse de baja en la lista de los cristianos, está en los tribunales. No son muchos quienes lo intentan, pero no lo tienen fácil. El bautismo se administra a los niños, en una decisión que otros toman por

ellos. Debería ser un argumento suficiente para aceptarles la dimisión. Pero ni siquiera habría que argumentar. Un adulto tiene derecho a cambiar de opinión y de religión, o a no tener ninguna, sin tener que dar explicaciones a nadie por ello, y debería tener derecho, en consecuencia, a darse de baja expresamente, si así lo considera. El asunto está en los tribunales. Buena gana, pensará el ciudadano medio, pero pensará también, seguramente, que esos veintisiete vizcaínos que han solicitado apostatar en los últimos seis meses están en su derecho. Aunque su argumento fuera el de Groucho Marx, darse de baja de un club que admite a tipos como ellos.

No es sencillo, pero no es nada comparado con otros tiempos en los que se la hubieran jugado. A Juliano el Apóstata le dieron matarile por ser apóstata, al menos en la novela de Gore Vidal, y eso que era emperador. A los conspiradores no les hubiera importado que fuera pagano en la intimidad, pero sí que les privara de la posición de poder ganada desde Constantino. El dilema no era, al menos entonces, la razón y la fe sino la mitra y el imperio, la Iglesia y el Estado, el poder y la gloria.

La geometría de los puentes

El puente de Deusto va a ser restaurado. Se le cambiarán el tablero, el firme, las barandillas, el color, la iluminación... se afinará la maquinaria que sirve para elevarlo. Otro planteamiento sería inconcebible. Renunciar a su función levadiza, aunque ya no suban por la ría los grandes barcos, sería como dejar mudo, tras una reparación, un viejo reloj de cuco. El puente debe alzar sus brazos, aunque sólo sea en algunas conmemoraciones tan esporádicas y prodigiosas como el regreso de un navegante de dar la vuelta al mundo o el paso del Athletic de Bilbao subido en una gabarra.

Las ciudades, como los jardines y las relaciones humanas, no se construyen mediante novedades permanentes. No funcionan si sólo atendemos al último que llega. Hay otra tarea discreta y sustancial, el mantenimiento de las líneas maestras que se fueron trazando a lo largo del tiempo, con aciertos y errores, avances y rectificaciones. Las ciudades, como las personas de cierta edad, tienen los rasgos y el carácter marcados. Una ciudad, un jardín, una vida social del tamaño que sea no pueden vivirse en la avidez de las nuevas adquisiciones. El equilibrio está en combinar el brillo de lo nuevo con la solidez de lo permanente. Sería desquiciante inaugurar todo el tiempo

edificios emblemáticos, plantar y plantar flores en cada parte, cambiar de amigos cada semana. Hay que dedicar tiempo y esfuerzo, mayores si cabe, a vigilar la geometría general consolidada de las ciudades, los jardines y los afectos, a remozar calles y equipamientos, combatir el musgo y el desorden, a cuidar como se merecen a los amigos de siempre.

El arquitecto Bastida trajo la idea de puente basculante de Chicago, donde casi cada calle tiene un puente levadizo. Había acudido a un congreso eucarístico en el que seguramente no coincidió con Alfonso Capone, “Scarface”, quien ya era por entonces, a sus 27 años, una celebridad. Tal vez se cruzó sin advertirlo, mientras paseaba por la ciudad admirando sus puentes, con un enfermizo niño judío al que le gustaba callejear, Saul Bellow, quien luego escribió algunas de las mejores novelas urbanas del siglo. El puente de Deusto nació republicano, después sobrellevó el pomposo y esdrújulo nombre del Generalísimo y más tarde se convirtió en el símbolo de la resistencia al desmantelamiento industrial, presencié casi a diario la batalla de Euskalduna. Ahora todo ha cambiado mucho, para bien en general, y el puente sigue en el sitio exacto, sosteniendo con su madurez y su equilibrio el paisaje transformado.

Vizcaíno es el hierro

Los Hornos de Barakaldo alumbraban todo Bilbao. Hubo un restaurante en Sestao que se llamaba con toda justicia William Blake, desde el que se divisaban los reflejos en el cielo de aquella fragua mitológica. En el principio fue el hierro. Plinio escribió respecto de una montaña de hierro. Shakespeare usó “bilbos” como espadas y Tirso compuso esos versos tan citados: “Vizcaíno es el hierro que os encargo, / corto en palabras pero en obras largo”. El hierro fue el alimento de las modestas ferrerías hasta la extracción masiva de mineral, desde 1876. En el último cuarto de siglo XIX llegaron la liberalización, el despegue industrial, el movimiento obrero socialista y el nacionalismo, es decir, surgió el País Vasco contemporáneo.

Se conoce como siderurgia integral el proceso de transformación del hierro en acero. Ilustres jubilados de la siderurgia integral han constituido una Fundación con ese nombre, cargada de buenos propósitos, aún algo difusos, a partir del dinerillo remanente de la Caja Complementaria con que Altos Hornos mejoraba el sueldo de los trabajadores de baja por accidente o enfermedad. Esa Caja Complementaria tiene resonancias de las Sociedades de Socorros Mutuos, como se denominaba a los primeros sindicatos para disimular. Los obreros con mayor

conciencia social tal vez no fueran muy cultos, pero sentían mucho respeto por la cultura. Su sociedad ideal se resumía en los tres ochos. Ocho horas de trabajo, ocho de descanso y ocho de instrucción. Leían a Edmundo D´Amicis, hacían teatro de Dicenta y cantaban en orfeones obreros.

Al Rey, en el día del estreno de la Fundación, un orfeón le cantó esa surrealista bilbainada de Barakaldo: “Venimos de pescar, en Bengolea, unas truchas muy frescas para mi abuela” (tal vez, para que rimara, debería decir “abuelea”). Fue un hermoso jaleo histórico. El Rey, antiguos sindicalistas y ministros, jubilados animosos, propósitos encomiables: guardar la memoria, restaurar el horno alto, aportar la sabiduría de la madurez, promocionar la innovación, dotar nuevas becas... Pena que no se animasen el Consejero de Trabajo, de EA, que debe de tener el DNI caducado, o la agrupación local de Ezker Batua, a la que le pareció fatal que, en estos tiempos de crisis, los fundadores se gastaran el dinero en llevar al Rey a comer porrusalda.

Rituales

Cada tiempo tiene los rituales que merece. En el nuestro, a la muerte se la quita de la vista como si fuera obscena, se le trata con la asepsia de los asuntos higiénicos. En cuanto el enfermo empeora, se le pone en cuarentena, lejos, en hospitales o asilos. Ya no hay niños almidonados despidiéndose del moribundo, rodeando su cama junto al resto de la familia, en casa. Ahora, cuanto más lejos mejor. Para algo están los profesionales, para ayudar, también, en esa otra acepción del verbo velar, poner un velo, tapar algo, ocultarlo. La familia no recibe, ni siquiera al muerto. De los hospitales, a los tanatorios, esos edificios “diseñados para producir un efecto psicológico agradable, dentro de las posibilidades que ofrece su uso”, como explica su publicidad sin asomo de ironía.

Las compañías de pompas fúnebres siempre van a tener clientes. Su oferta es de amplio espectro. Ataúdes con música, catering en el velatorio, furgones de importación o condolencias por SMS. En las variedades más modestas de los “servicios personalizados”, se ocupa de todo un hombre polifacético que conduce, pega las esquelas, despliega la mesa para las firmas, la cubre con el paño fúnebre... Se las arregla “con amabilidad y respeto” para que los allegados

menos impresionables sean porteadores del féretro hacia el interior de la iglesia, para que los enterradores echen una mano antes de empezar con lo suyo, llevan las cenizas a esos lugares de nombres tan cursis como columbarios o jardines del recuerdo, un nuevo velo, esta vez verbal, para no llamar a las cosas por su nombre, tal vez para no pensar mucho en ellas u olvidarlas cuanto antes.

Con el fin de ayudar a esos esforzados hombres orquesta, “tirando los precios”, hay funerarias que contratan a taxistas bien dispuestos para los recados. Se ocupan de la intendencia menor, pero parece que los más voluntariosos incluso maquilan a los muertos. Como si fuera por necesidades de un guión escrito por Rafael Azcona. Los componentes del cortejo tienen la ocasión de decir esa frase tan cinematográfica: “Siga a ese taxi”. Se entierra casi por delegación, pero no es tan sencillo delegar la tristeza ni olvidar la evidencia de la muerte, al menos durante el rato, cada vez más corto, que dura este nuevo ritual que tan bien nos retrata.

Tiendas abiertas

El sindicalismo del XXI lleva dentro de sí una gran paradoja. Defiende las condiciones laborales conseguidas tras siglo y medio de pelea social, pero sabe que sólo se alcanzan en el primer mundo. Las leyes de conciliación no se aplican en los pisos patera, la jornada de ocho horas no existe para los niños que cosen balones y botas como las de sus héroes por sueldos miserables, el descanso dominical no es la aspiración más acuciante de los jornaleros inmigrantes que rondan los olivares de Jaén, las plantaciones de Huelva o los plásticos de El Ejido y duermen a la intemperie.

Esos proletarios del mundo no se han unido para ser esquirols. Son la famélica legión del nuevo siglo, dispuesta a “tirar” unos salarios incomparablemente mejores de los que nunca tuvieron, a trabajar de noche o en domingo, a firmar cualquier contrato o a trabajar sin ninguno. Ésa es la verdadera crisis. De la otra seguramente hablamos demasiado, y lo que conseguimos es meter miedo, lo que no es bueno para nadie. Los movimientos colectivos pesimistas actúan como imprevisibles maretazos.

Keynes recomendó la inversión, pero también el consumo. Los ciudadanos que están como estaban podrían consumir

como siempre, cambiar de coche o abrigo, regalar perfumes y libros, tomar el aperitivo o salir a cenar igual que antes. No es una propuesta cínica, por más que pudiera parecerse a los parias de la tierra y a quienes empiezan a pasarlo mal. Quienes ingresan lo mismo pueden consumir lo mismo, sin anticipar el diluvio. Haciendo la vida de siempre contribuirían a que no se estanque esta sociedad de consumo, tan denostada, salvo por quienes la ven en televisión desde sus chabolas remotas o suburbiales. Si el consumo resistiera, sería más fácil mantener el empleo y las condiciones laborales. Los comercios no tomarían decisiones controvertidas, como ésa nueva en Bilbao, la apertura en días festivos a la caza de clientes. Está permitida por ley, y ha sido recomendada esta semana por el FMI, que aconseja eliminar, en el comercio, las barreras a la competencia, pero no cuenta con las bendiciones de los sindicatos, que se expresan como jesuitas: “No lograron alcanzar un acuerdo para abrir los domingos, lo que no puede interpretarse como un pacto para que no se abriera”, dicen para decir, sin decir, que no lo consintieron. Los sindicatos deberían saber que primero es el empleo y luego las condiciones de empleo. Lo entienden así, al menos, quienes, sindicados o no, ya lo han perdido o pueden perderlo.

Campo/ciudad

Los campesinos quisieron tomar Bilbao en las guerras carlistas sin conseguirlo. En cambio, fueron conquistando la ciudad de manera pacífica a partir del último tercio del XIX, cuando en ciertos ambientes se puso de moda una estética ruralizante que aún cuenta con la simpatía de buena parte de la afición. Así, a contracorriente, se fue diluyendo la dialéctica campo/ciudad. Algunos bilbaínos dieron en añorar la sencillez de la vida en el campo y las saludables costumbres de siempre. Nada se echa tanto de menos como lo que no se conoce exactamente pero se enriquece con la imaginación. La vida en el campo no es siempre como se interpreta en las excursiones paisajísticas o gastronómicas, no es todo el tiempo un cuadro de Arrúe o un calendario de la Arcadia feliz.

Seguramente no existieron en el pasado las arcadias felices y tampoco ahora existen los paraísos perdidos, como comprueban algunos urbanitas que se van a vivir a las verdes praderas. Los cosmopolitas de pueblo y los pueblerinos en la ciudad resisten mediante íntimos armisticios el choque de sus contradicciones. Es posible que seamos únicos, también, en cuanto a los flujos de admiración que van, en Bilbao, de la ciudad al campo, y no siempre a la inversa. Eso no sucede

probablemente en otras ciudades. El pintoresquismo es simpático en todas partes, incluso el afectado, pero no marca el estilo en ningún otro lugar, ni siquiera lo pretende ni por lo más remoto.

Puede ser divertido el intercambio de papeles, jugar a los aldeanos en la ciudad durante un rato. En las ferias rurales, que se reparten durante el año por la provincia, incluso en los pueblos más industriales, y culminan en Bilbao por Santo Tomás, se pueden comprar buenos productos a precios patrióticos, una variante inversa de los precios políticos. Un talo con chorizo y un trago de txakoli, dos productos sobre los que está haciendo milagros el I+D+i pero que históricamente fueron sucedáneos del pan y el vino, salen por una pasta. El acercamiento verdadero entre los ciudadanos del campo y la ciudad, la definitiva mimetización igualitaria, se producirá con los frutos, ya palpables, de la democratización de la enseñanza. Puede que algunos chicos de los puestos de Santo Tomás, pasadas las vacaciones, vuelvan a sus Erasmus de Berlín o Upsala.

Pasadoscope 2

La primera vez que apareció en estas columnas la mina Concha venía precedida de un preámbulo que abogaba por la selección y conservación de los elementos de arqueología industrial verdaderamente significativos. No tendría sentido conservar todos los altos hornos, las grúas, los astilleros... Hay que saber elegir, organizar con criterio los pasadoscopes, para que no se conviertan en desordenados trasteros llenos de cachivaches. Elegir es renunciar. Los arqueólogos conservan las piezas por su belleza o su utilidad para interpretar cómo fueron las cosas.

La mina Concha es muy hermosa y significativa. Es un cerro testigo a la inversa sobre la saca masiva del hierro, el elemento decisivo para explicar lo que los historiadores llaman la construcción del País Vasco contemporáneo. En el principio de la modernidad fue el hierro. Los vecinos de Gallarta se enorgullecen de que sus antepasados trabajaron en la mina, tanto como lo hacen en otros lugares donde los suyos fueron mineros (dueños), banqueros y navieros. Todas las corporaciones sin excepción, y en Gallarta las ha habido de muy diversos colores políticos, han impulsado estudios, conferencias, jornadas, libros y la iniciativa más destacada, el

Museo Minero. Sería absurdo, y tal vez mezquino, ponerse a medir quién la tiene más larga, la tradición sentimental minera, aunque podría hacerse un ranking.

La política es el arte de lo posible, no la de los gestos de desafío, y la economía se ocupa del reparto de los bienes escasos. La conservación de la mina Concha no sale gratis, sino que tiene un coste de 480.000 euros anuales, a los que hay que añadir el coste de oportunidad como depósito de tierras inertes. Las instituciones, todas, deberían hacer un esfuerzo para ponerse de acuerdo. Si admitimos que no es posible conservar todos los restos del pasado, sino que hay que elegir los más significativos, podríamos aplicar a la mina el argumento. Cuando yo hablaba de la mina, me refería a las hondas espirales que pintaron Muñoz Condado, Fidalgo o Bañales, es decir, la cantera a cielo abierto, que era el modo tradicional de explotación del hierro. A veces, casi siempre, para conseguir lo sustancial, es preciso renunciar a lo accesorio. Eso es negociar. A mí me parece que ese hoyo en espiral es la sustancia de la mina Concha, lo que se debe conservar, y que son accesorias las oscuras toperas.

Nadie dijo que fuera sencillo

“Todas las familias felices se asemejan, cada familia infeliz es infeliz a su modo”. Cuántas veces hemos recordado el comienzo de “Ana Karenina”, a menudo para refutarlo. Se diría que las familias infelices sean más interesantes, y las felices lo fueran de un modo homogéneo, vulgar, carente de interés. No es así. En todas las familias se cuecen habas. Las hay que son mares tormentosos, pero ninguna es un manso plato de sopa. Todas se mantienen en equilibrio más o menos inestable, y algunas se rompen. No es fácil ser padres, ni tampoco ser hijos. Cada vez están más cuestionados, por otra parte, los grados de influencia ambiental respecto del indudable peso genético.

Las familias con niños adoptados deben afrontar problemas añadidos. Los padres son más maduros, y están por encima de la media en ingresos y desarrollo intelectual. También se muestran muy motivados para la crianza, pero si hubieran desarrollado expectativas demasiado idealistas, pronto se dan cuenta de que la adopción no es un cuento de hadas.

Los niños sufren retrasos evolutivos porque no vienen de un paraíso. Proceden de familias pobres y rotas o de

asépticas instituciones. Dickens se queda corto respecto de los orfanatos en algunos países. En dos o tres años de convivencia se resuelven los problemas físicos e intelectuales, pero no son tan sencillas de encauzar las emociones. Esos niños están más acechados por el malestar y son más recelosos respecto del apego, que necesitan consolidar a cada rato. Dicen los expertos que conviene que los padres hablen con naturalidad de la condición de adoptados, una conversación que los niños proponen con inusitada frecuencia. Hay que ser muy pacientes para comprender que tal vez se sientan íntimamente humillados por el abandono que sufrieron. Tampoco hay que sobreprotegerlos. Seguramente los datos adversos están inflados porque los nuevos padres los llevan antes al psicólogo, caen en la tentación de considerar que la adopción es responsable de cada contratiempo. Algunas veces, muy pocas en comparación con la mayoría de experiencias reconfortantes, las cosas salen mal, como sucede en ocasiones en las familias biológicas. Nadie dijo que fuera sencillo.

Pequeña clase media

El departamento de Bienestar Social sigue apostando por lo que denomina “copago”. Los ancianos con recursos abonan con su dinero los costes de las residencias, los centros de día, la ayuda domiciliaria... Cuando el dinero se acaba, se ocupa del gasto la Diputación, pero pide el reconocimiento de la deuda. Aún no se ha ejecutado en ningún caso. En palabras del diputado del ramo, porque entrañaría efectos retroactivos. Tal vez se pueda interpretar que esa renuncia significa que el ejecutivo foral considera demasiado gravosos los efectos de la normativa.

La protección social ya no se discute. No forma parte del debate ideológico, salvo por cuestiones de cantidad o matiz. Están por la protección social la izquierda y la derecha, con mayor o menor dedicación y acierto. Tal vez debería iniciarse un nuevo debate respecto de la clase media, sobre la pertinencia de establecer factores correctores, límites razonables, topes, si se considera, a la aportación de ésta al fondo común.

Es justo que se atienda en primer lugar a los más desfavorecidos, pero tal vez se pudiera también pensar en las pequeñas clases medias del mérito y el esfuerzo. En los países

subdesarrollados hay un clamoroso vacío entre ricos y pobres. La injusticia en esos países es estructural, entre otras cosas porque los pobres no tienen capacidad de consumo. Una ancha clase media es el mejor exponente de la fortaleza de un país, y conviene cuidarla. Quizá debería alcanzarle, a esa respetable porción social que ha ido llegando desde abajo en los últimos treinta o cuarenta años, a esa pequeña clase media, a veces bien modesta, de piso, coche y unos pocos ahorros, alguna forma de justicia distributiva. Habría que preguntarse si es justo que un anciano pague los servicios de asistencia hasta su extenuación económica. Mientras lo hace, le puede asaltar la duda de si hizo bien guardando para la vejez. Puede arrepentirse, no sólo como el anciano de Cavafis de no haber hecho muchas cosas pensando que tendría tiempo de hacerlas más adelante, sino también de no haber gastado sus ahorros alegremente, cuando aún era joven, en la confianza de que, llegado el momento, el Estado se ocuparía de su atención.

Dibujos urbanísticos

Hay cosas que aceptamos sin demostración. Por ejemplo que la Historia avanza en el sentido del progreso, cuando basta echar un vistazo al periódico para plantearse alguna duda. Otro de esos ingenuos postulados es el crecimiento permanente, a pesar de la evidencia de los ciclos económicos. Tenemos mala memoria. Una tontería que hizo fortuna fue pensar que los propietarios de un piso eran cada día más ricos con la subida de los precios. Los pisos subían como en los timos, por la codicia de todos: propietarios de suelo, constructores, inmobiliarias, especuladores... pero también porque eran moneda de cambio en las obras públicas. Fue un buen truco mientras duró, especialmente cuando se usaron suelos degradados, pero nunca fue un truco que saliera gratis.

Se decía que los pisos de Bilbao eran caros porque apenas quedaba suelo libre, pero el precio aumentaba de modo similar en otras ciudades que podían extenderse por llanuras infinitas. La clave estaba en el grifo de las licencias. A cambio de las licencias, los ayuntamientos con sociedades instrumentales o sin ellas conseguían fondos para sus despliegues urbanísticos. De la misma chistera que los polideportivos, las avenidas o los museos, salía el encarecimiento de los pisos, no sólo de los

construidos en los terrenos con nueva licencia, los del trueque por las flamantes infraestructuras, sino indirectamente de todos los demás.

El proyecto de Garellano calculaba su financiación, literalmente, en función del número de pisos. El piso era una unidad de medida monetaria, no sólo fiable sino que se revaluaba vertiginosamente. El alcalde Azkuna declaró en 2002, con esa simpática rotundidad suya, que el proyecto era la cuadratura del círculo. Tras expresar tan metafísica contradicción, tardó un segundo en resolverla, de un tajo, como hizo Alejandro Magno con el nudo gordiano: “Bueno, en lugar de ocho alturas, las torres pueden tener once o doce”. Ahora no basta con la multiplicación de los parkings y de los pisos. Hay que venderlos después, hay que encontrar, antes, bancos que confíen en la operación. Azkuna sacó su espada, cortó el hilo de la circunferencia, se puso a dibujar un cuadrado, pero le salió una temblorosa y cíclica ola.

El dedo de Galileo

Cuando un científico señala el cielo con el dedo, siempre hay uno de letras que mira el dedo. Tienen más prestigio las ciencias, pero se les da más cancha a las letras. Los de ciencias leen bastante, y a veces tocan el violín. Los de letras presumen de su ignorancia científica, de que se arman un lío con las cuentas. Se hacen los espirituales. Los de ciencias suelen ser menos presumidos, porque saben que nos da igual ocho que ochenta (a lo peor presumen entre ellos). Todo eso es bastante reciente. Los científicos antiguos eran de ciencias y letras, físicos y filósofos. Sentían curiosidad por la esencia de las cosas. Después se fueron especializando. Ahora, uno puede saber mucho de alguna cosa, muchos pueden saber un poco de varias cosas, pero nadie puede saber mucho de todas las cosas. Es distinta la tarea de Einstein que la de Newton, mientras sigue siendo similar la de Kafka a la de Cervantes. Ahora bien, es igual de difícil ser Newton o Einstein que Cervantes o Kafka.

Alhóndiga Bilbao ha emprendido una encomiable cruzada de divulgación científica. El pretexto, en esta ocasión, es el centenario del telescopio de Galileo. Ahora mismo hay en el mercado un magnífico libro de divulgación, "El dedo

de Galileo”. “Across the universe” tuvo lugar durante una semana en una carpa de la Plaza de Indautxu. En “Cien años de soledad”, los gitanos plantaban su carpa en Macondo y en ella daban a conocer los nuevos inventos. Los bilbaínos atendieron a conferencias divulgativas dictadas por ponentes de prestigio, dieron un paseo por el cielo de Bilbao, aprendieron a fabricar relojes de sol, contemplaron, si no el imán de Melquíades, un meteorito argentino. Ayer degustaron comida de astronauta, gel de espinacas, lentejas hidropónicas, piña liofilizada en mousse y otros dudosos ranchos tipo self service, servidos en recipientes de abrefácil para que no se pusieran perdidas las escafandras.

Los de ciencias creen en el fondo que ser de letras es ponerse algo blanditos. “Nuestros átomos – dijo el guía, un joven investigador – vienen de las estrellas. Somos polvo de estrellas”. Fue una variante menos truculenta de la jaculatoria del miércoles de ceniza, “Polvo eres”. No se atrevió a rematar con Quevedo: “Mas polvo enamorado”.

La noche y la ley

Suele recomendarse la empatía como método de resolución de conflictos, pero a veces la empatía, es decir, la capacidad para ponerse en el lugar del otro, es un incordio, lo complica aún más todo. Comprender todas las razones no siempre aclara el panorama. A veces, por el contrario, le echa levadura a la niebla, la espesa. Hay debates, como el de la seguridad y la libertad, que no pueden resolverse por K.O. sino atinando con las dosis, como en las buenas coctelerías. De esa misma especie es el dilema entre el respeto y la diversión. Quién no comprendería al vecino de un garito, con los ojos como platos, noche sí, noche también, condenado a escuchar, insomne, a las tantas, pegadizos estribillos, ritmos chatarreros, recurrentes diálogos de borrachuzos. Quién no ha querido alguna vez también, en el otro lado, seguir un poco más, estirar en lo posible la noche, llevársela por delante.

El joven Zarracina planteaba días atrás un esencial dilema metafísico/bilbaíno, un inteligente oxímoron: provinciana metrópoli. Del estilo de aquel otro ya célebre, Pamplona y Gomorra. Si queremos ser lo más (más es más), codearnos con Berlín o Amsterdam, eparar en Shangai/Bombay y seducir a los visitantes, entonces, además de embellecer la ciudad,

organizar exposiciones y estimular el comercio, deberíamos dar facilidades para la diversión. Bilbao ya no es la levítica ciudad de Blas de Otero, “húmeda de lluvia y ahumada de curas”, pero tampoco se ha convertido en una juerga tropical. Debe de haber un contrato social posible entre el civismo y la alegría.

Sería una pena que la brigadilla vigilante de los bares, en su municipal cruzada en defensa de la virtud y la ley, se transformara en los intocables de Elliot Ness. Hay que velar por la seguridad de los trasnochadores, pero sin cortarles el rollo. Así, cualquiera. Si se prohibieran los coches, se acabarían los accidentes de tráfico, vaya un mérito. Las leyes siempre deben cumplirse pero nunca son inmutables. Deben ser escrutadas permanentemente, y pueden modificarse si no resuelven los problemas. Es lo que tiene la empatía, comprendemos al insomne y al noctámbulo, a la autoridad y al dueño del local. Tal vez deberían, todos ellos, sentarse y hablar un rato. Con la música un poco más bajita, si eso es posible.

Diseño de jardines

Cuando vino el Dalai Lama, el lehendakari Ibarretxe le dijo en una conversación de bolsillo, por hablar de algo, que los pueblos vasco y tibetano se parecen porque ambos viven en paisajes montañosos. El Dalai Lama sonrió como siempre, o tal vez un milímetro más con los labios, y dicen que vieron un tenue rayo verde, un destello zumbón en su mirada. No sé. A los orientales no se les suele notar lo que piensan, por eso les denominamos enigmáticos invariablemente.

Una de las claves de cierto arte contemporáneo es el tamaño. Imaginen en qué se quedaría una escultura de Richard Serra del tamaño de un pisapapeles (mejor me callo otros ejemplos de escultores más cercanos). En Kent van a instalar la estatua de un caballo gigante, algo así como el toro de Osborne pero en tres dimensiones, hiperrealista salvo en sus proporciones fantásticas.

Bilbao no es la ciudad de las siete colinas, suaves de urbanizar, sino de los cinco montes modestos y situados a desmano, en el campo. Ahora van a ser transformados por la municipalidad en un gran jardín de senderos que se bifurcan, el jardín de un salón que es la ciudad, por seguir el tono lírico del negociado de Obras y Servicios. El diseño se

ha hecho pensando en todas las edades y condiciones gimnásticas. A unos les parecerá bien y a otros mal, vaya una novedad, y saldrán a relucir esas dos cosas que siempre salen en nuestras disensiones, los sentimientos de pertenencia y los patrimoniales. Aquí somos muy de ser de aquí, y a veces en esa tautología cometemos algunos excesos, no siempre tan simpáticos como el del lehendakari al comparar el monte Gorbea con la cordillera del Himalaya, como en un chiste de vascos. Tal vez en algo tan sencillo como eso consista la convivencia, en que el Pagasarri pueda ser interpretado como un ocho mil, el monte Gorbea o la prolongación natural del parque de Doña Casilda. El Pagasarri, como todos nuestros verdes montes y valles, es de todos por igual, practiquen el montañismo, se limiten a breves paseos o consideren que los montes sólo sirven para decorar las ventanas.

Una idea donostiarra

Pedro Ugarte, que acaba de ganar el premio Julio Camba de periodismo literario, escribió un cuento titulado “No me gustan los donostiarras”. En mitad de una tranquila partida de billar, un cretino le rompe a su contrincante la parte gorda del taco en la cabeza, sin más ni más, al absurdo grito de “No me gustan los donostiarras”. Los donostiarras se coronan campeones del mundo de muchas cosas, en competiciones que transcurren en su marco incomparable. Campeones del mundo de pintxos, de cocktails, de cocineros donostiarras. El campeonato del mundo de palacios de congresos lo tiene el Euskalduna de Bilbao, en una competición celebrada en algún campo neutral y prestigioso del resto del mundo.

El Euskalduna mide sus ingresos en décimas de PIB vasco. Eso es triunfar. En Bilbao. Está bien que entre los actos conmemorativos de su décimo aniversario vaya a actuar La Oreja de Van Gogh, que no son del mismo Bilbao, pero sólo a un donostiarra se le puede ocurrir la banda sonora de *El buque fantasma* como homenaje a un edificio de Bilbao con forma de barco. A Woody Allen, cuando oye música de Wagner, le entran ganas de invadir Polonia. Yo no lo digo por Wagner sino por el erróneo concepto que tienen los

donostiarras de nuestra autoestima, ya me entienden. Subir un remolcador de Portugalete tampoco parece muy bilbaíno. Los de Bilbao se llevan la fama, y en San Sebastián y Portugalete cardan la lana.

La grúa Carola contempla con alguna perplejidad a los vendedores de seguros, directivos de cajas de ahorros o farmacéuticos sin fronteras que salen a fumar entre charla y charla. “Es la economía, estúpido”. Dicen que da igual fabricar cosas concretas, como los barcos, que vender servicios diversos y difusos, que no importa el cierre de siderurgias y astilleros, por lo visto, mientras se sigan abriendo supermercados y palacios de congresos. Los nuevos capitanes de empresa vigilan desde el puente de mando un despliegue de acomodadores. Brindemos para que sigan viniendo los dentistas y acudan a los espectáculos esos chicos con aire de funcionario que sacan faltas a los cisnes y las mezzosopranos. Se les ha puesto un morro tan fino, en los años buenos, que más que del ballet o de la ópera parece que salgan de un congreso de donostiarras.

¿Artistas o artesanos?

Una nueva sentencia declara inadecuada la actuación sobre el puente de Calatrava. Sin embargo, muchos bilbaínos se han indignado con Calatrava. Al arquitecto le han salido en Bilbao contradictores furibundos. Puede que privilegie la estética sobre la utilidad y se prodigue en “abstracciones esdrújulas” cuando habla, pero el pleito no iba de eso. No era sobre lose-tas, caídas, goteras o temperamentos genialoides. Se juzgaba si se puede actuar de manera notoria sobre la obra de un arquitecto sin pedirle permiso siquiera. Ése era el asunto, no otro.

Nadie puede pintarrapear un cuadro porque lo haya comprado. No es sólo irrespetuoso, es ilegal, sea de Picasso o de un estudiante de Bellas Artes. Hay quien piensa que lo único importante en arquitectura es la funcionalidad, pero nadie tocaría la catedral de Burgos para añadir una nave, o renunciaría a un arco del acueducto de Segovia para anchar la carretera. El Ayuntamiento no compró un puente, compró un Calatrava. Sale en los folletos turísticos. Lo enseñamos a los visitantes como un puente artístico, de una de las primeras megaestrellas que llegaron.

Había otras opciones para subir a Mazarredo, como dice la sentencia, por ejemplo una discreta rampa mecánica. No

parece muy respetuoso ni cosmopolita pensar que se puede hacer cualquier cosa porque se haya pagado, o llamar pesetero al arquitecto. Amenazarle con vernos en los tribunales es una fina ironía si es él quien nos ha llevado. Dice el Alcalde que el Ayuntamiento se está planteando ir al Supremo. Confiemos en que la decisión no tenga que ver con el populismo o el amor propio. La ciencia jurídica no es una ciencia exacta. No vayamos a salir de nuevo trasquilados, por más que el chorreo se lo echemos al arquitecto. Tal vez no sea un mal acuerdo esa cantidad más o menos simbólica, a pagar a escote con los constructores de esa mezcla de estilos cuando menos temeraria. Y siempre podemos apuntarnos el éxito indirecto de habernos convertido en los santos patronos de la arquitectura. Parece que el caso sienta jurisprudencia. Los abogados citarán en adelante la sentencia Bilbao/Calatrava para proteger de actuaciones impetuosas los patrimonios arquitectónicos.

Jardines como metáforas

Ahora que las dificultades nos exigen paciencia para los grandes proyectos, podemos dedicarnos a otras formas de creatividad y belleza más baratas, pasajeras pero no efímeras. Los jardines son pequeños paraísos a nuestra medida. Los jardines urbanos se dirían doblemente artificiales, en su intento de recreación de la naturaleza en mitad del ruido y el asfalto, pero seguramente por eso son más humanos. En eso ha consistido el afán de la especie. Las civilizaciones se han dedicado a roturar y sembrar, a organizar algunos parterres, estanques y templete, en un intento de domesticación del espacio y de ralentización del tiempo. Los buenos jardineros no se quedan en el diseño. El secreto está en la perseverancia. Los jardines y el entusiasmo deben regarse y abonarse convenientemente, escardar, airear, pasar el rodillo, para que no se marchiten mientras sea posible.

Tal vez sea más solemne inaugurar una ciudad, una manzana o un edificio emblemático destinados a guardar nuestra memoria durante quinientos años, pero se diría más amena la inauguración de unos jardines. Debe de estar bien ser alcalde en algunas ocasiones, por ejemplo para cortar con las tijeras de las solemnidades la cinta roja y blanca colocada

como una liana entre dos arbustos, y decir con una sonrisa: “Queda inaugurado este jardín”.

Dice un proverbio oriental: “Si quieres ser feliz un día, emborráchate, si quieres ser feliz una temporada, cástate, si quieres ser feliz toda la vida, hazte jardinero”. Los jardines, como el arte, dijo Ouka Lele en la anterior edición del concurso de jardines de Bilbao, tienen que curar, quitarnos una tristeza, un dolor, deben hacernos sonreír, incluso inducirnos a la risa abiertamente. El alma se serena en un sereno jardín, sea o no sintoísta. Ya se anuncia, con la primavera, el nuevo concurso de jardines que salpicará de colores vegetales Bilbao, con brillantes artistas invitados, urbanistas, arquitectos, catedráticos de estética, escultores, paisajistas, incluso jardineros... y escritores como Antonio Gala, quien diseñará, seguramente, un jardín engalanado de adjetivos, arabescos y lentejuelas.

Al cerrarse la puerta

A veces tenemos la tentación de pensar que la violencia de género va en aumento. No es así, tan sólo sale más en los medios, lo que estimula el cotilleo morboso pero despierta la conciencia social, nos induce a cumplir con el deber ciudadano de recriminar y denunciar esas conductas. En los tiempos de “El Caso” había tantos sucesos como ahora, y mayor permisividad social y legal respecto de los denominados crímenes pasionales. Se “comprendían” determinados arrebatos. La parte mayor de ese sórdido iceberg de la violencia doméstica no se ve. Hay mucho sufrimiento sumergido. En España son dos millones las mujeres maltratadas en distinto grado, según las últimas estadísticas. La ONU lo considera el crimen encubierto más frecuente en el mundo.

En un estudio sociológico reciente, se encuestó a diversos maltratadores convictos y confesos. No estaban arrepentidos. La respuesta más frecuente fue que habían dado “su merecido” a sus parejas. Cuando un maltratador mata y se suicida, pensamos que podría haber empezado por el final. Olvidamos que se toma por un justiciero con una misión que cumplir. “Se lo merecía”, dice después de cometer las primeras acciones despreciables o los últimos crímenes atroces. Es llamativa la

sorpresa que muestran los vecinos y amigos de la pareja. Y es que el horror comienza al cerrarse la puerta.

En Bilbao se ha creado una unidad integral para el maltrato, que atiende diariamente, en el Palacio de Justicia, a veinte víctimas y agresores (sus actos son despreciables, pero hay que poner todo el empeño en reeducar a los agresores, pensando en ellos y especialmente en sus víctimas). Un equipo de psicólogos, trabajadores sociales y forenses elaboran para el juez informes y diagnósticos. Su objetivo es evitar la reincidencia y los saltos cualitativos. Intentan detectar una variable tan escurridiza como es la peligrosidad. Parece que son pocos los agresores que están locos. En ocasiones sus voluntades están alteradas por el alcohol y las drogas, pero lo más alterado, sin duda, es su concepto del poder y la posesión. Todas las víctimas padecen, como consecuencia de su sufrimiento, alguna lesión psíquica.

Flores en la cuneta

Todos hemos visto flores en algunas cunetas. Son flores pero son signos, recuerdos de historias tristes enquistadas en los corazones y los pensamientos de las personas que los quisieron, que los siguen queriendo, a quienes murieron en ellas. Deben de seguir noqueados quienes practican esos rituales. Tal vez consideren una deslealtad que algún día les pueda doler menos. No existen maneras unánimes de sentir y de exteriorizarlo, dependen de los acontecimientos y del carácter de cada cual. Hay quien se queda pensativo y se le vuelve todo más lento. Otros no paran quietos o hablan todo el rato de lo mismo. No debe de ser bueno quedárselo dentro, pero tampoco remover una y otra vez lo que pasó, en el sitio exacto, al cumplir el rito periódico de las flores que se han impuesto. Y lo cierto es que esos lugares fueron un puro azar, no significaron nada mientras los añorados ausentes estaban vivos. Se entiende mejor que se les tome antipatía a esos lugares, antes que convertirlos en lugares de peregrinación. No queda nada allí, nunca hubo nada, sólo las flores.

Recuerdo una historia que leí, no estoy seguro de que fuera de Dickens. Una noche se le aparece un fantasma a un viajero hospedado en un hotel. Explica que vuelve a menudo

a ese lugar porque allí, en vida, fue muy desgraciado. Pasado el susto, el viajero le hace al fantasma una pregunta llena de sentido: por qué no prefiere volver a los lugares donde fue dichoso. Con el debido respeto para su dolor, y para el modo que elijan para mostrarlo, tal vez quienes vuelven de manera recurrente al lugar donde murieron aquellos jóvenes inolvidables podrían hacerse esa misma pregunta. Podrían preguntarse también si considerarían la posibilidad de llevar flores a la última habitación de un hospital, o a un tanatorio. Tal vez quienes los quisieron tanto, quienes los siguen queriendo, les harían un homenaje más saludable y discreto a aquellos muchachos rememorando los afanes que tuvieron, sus ilusiones, su entusiasmo y su risa, el modo de hablar, sus gestos más personales, si se acordaran menos de sus muertes y más de sus vidas.

Noches blancas

Estuve en San Petersburgo en una noche blanca. Era blanca literalmente porque en toda la noche no se quitó el resplandor del sol. Fue en el tiempo en que la ciudad se llamaba Leningrado y yo era un progre convencional que empezaba a descubrir el lado raído del telón. El acorazado Aurora, que apuntaba sin apuntar al Palacio de Invierno, era un trampantojo de feria anclado en el Neva y el tiempo, momificado como el cuerpo y el alma, cerúleos, del santo Vladimir Ilich, Lenin. Pocos años después empezaron a salir trenes repletos de prófugos del paraíso, como bien entreviera, con tristeza, en aquella noche blanca y lúcida.

Ahora se promueven noches blancas en todas partes, aunque sean artificiales. En París, Roma, Bruselas, Albacete, La Rioja, «donde la tierra es cielo». Pero bueno, ya Visconti llevó al cine las 'Noches blancas' de Dostoievsky, y situó la acción en una ciudad italiana de provincias. Son noches blancas sin sol pero con luna, con fuegos artificiales, luces en los museos, focos en los conciertos y los teatros de calle. No son propiamente noches blancas por radiación, sino noches en blanco por inducción. Entre ayer y hoy transcurrió la noche blanca del cumpleaños de Bilbao.

Valerio Festi, director teatral, poeta e inventor, según reza su esotérico currículum, dirigió un espectáculo aéreo y luminoso, 'El sentimiento del Bianco'. Complementariamente, cantó Concha Buika. Rossy de Palma dictó un monólogo. Hubo de todo un poco y en lugares diversos, un apogeo de animadores socioculturales: jazz, copla, txalaparta, saltimbanquis, videoartistas, tam tams, polifonía, danzas vascas... Estuvieron abiertos los museos: bailarines modernos dibujaron una conga por las caderas cimbreantes de la serpiente de Serra, en el Guggenheim, y en el de Bellas Artes hubo gregoriano, clave, piano, danza y ballet. Mientras tanto, su director, Javier Viar, leía en la biblioteca de Bidebarrieta un trozo del 'Ulises', con gran entereza. En el aniversario de la fundación de Bilbao, 709 años después, el alcalde Azkuna se anticipó a su estatua leyendo en voz alta y campanuda a Don Miguel, otra vez.

El tiempo de los socorristas

Antes, los socorristas pertenecían, por iniciativa propia, a los poderes ejecutivo y judicial, como los grandes sheriffs históricos y cinematográficos. El mítico Melchor, ex caballero legionario, tenía un gran Cristo tatuado en la espalda. Luchaba denodadamente con las olas para sacar del agua a cualquier imprudente, como intentara el buen Ham con el falso caballero Steerforth, aunque éste no lo mereciera, en “David Copperfield”. Luego, tras reanimarlo, justo cuando el insensato estaba a punto de recuperar el habla para dar las gracias, Melchor le daba dos hostias por su bien, para que tuviera más cuidado en adelante. Bueno, ya sé, a veces se me va la mano con un neorrealismo anterior a mis recuerdos, pero no era cine del peor.

Después llegaron aquellos socorristas que nos parecían, y seguramente se trataba de un juicio poco ecuánime, meros ligones de playa. Más que a su cometido, juraríamos que estaban atentos al bronceado y sobre todo, ay, a intercambiar opiniones (que no destacaban por su inteligencia, nos parecía en nuestros juicios sumarísimos) con las chicas más estupendas. Apuntaban sus prismáticos hacia nuestras chicas favoritas en lugar de velar por todos nosotros oteando el agua, como era su obligación.

Aprovechaban cualquier rasponazo para aplicarse gigantescas tiras de esparadrapo en aquellas espaldas que tenían, que no eran naturales sino de gimnasio, esos lugares que estuvieron de moda en el tiempo de los romanos y luego dejaron de estarlo hasta ahora, pero no tenían buena fama entre nosotros cuando éramos jóvenes y espirituales.

Aquellas playas siguen siendo las mismas, ingenuas y peligrosas, aunque nosotros hayamos cambiado. Los socorristas de ahora son chicos de veinte años (tal vez la edad de aquellos tarzanes que ligaban con ventaja). Ahora cuentan con más medios materiales, algunos de los cuales se escriben en inglés. Sacan el título tras demostrar que son capaces de correr y nadar batiendo algunas marcas locales, tras examinarse sobre corrientes y rompientes. Como terminaba, tras muchos reproches, aquella vieja canción sobre los burgueses, los socorristas son eso que no pudimos ser.

Exotismo y filantropía

“Filántropo” es una de esas palabras que se quedan, por sonora y significativa. La filantropía es la caridad pero en civil, pura generosidad terrenal, realizada por personas que no se postulan para santos. Hubo una película en los sesenta titulada así, “El hombre que no quería ser santo”. Contaba la vida de Giuseppe Cupertino, un hombre que no daba una y andaba siempre con la boca abierta, pero al rezar levitaba. No quería ser santo pero, sin que nadie supiera dónde tenía la gracia, lo acabó consiguiendo. Las sociedades filantrópicas son propias de las novelas inglesas del XIX. En España había por ese tiempo damas de la caridad, que en las novelas de tesis de Galdós, Clarín o Blasco Ibáñez no salen bien paradas.

Ahora somos más eclécticos, en la medida en que se han ido atemperando las ideologías. Importan menos las motivaciones últimas de los actos solidarios, casi nos da igual si son desprendidos o buscan recompensa anímica o para la eternidad. Las sociedades filantrópicas de las novelas inglesas, como las damas de la caridad católicas y carpetovetónicas, estaban formadas por desocupados con rentas altas. Ahora no importan tanto los sujetos ni sus motivaciones, sino el verbo y el complemento directo, es decir, las acciones y sus consecuencias.

No importa cómo llegaran a África los turistas de “Biblos”, si fue tras completar la colección de postales de Asia, tras recorrer las rutas de la seda y las chinerías de buen gusto, el orientalismo y la espiritualidad. Tal vez tras uno de esos encuentros, por ejemplo en Calcuta, con multitudes misérrimas, planearon conocer una pobreza aún más escueta, y viajaron a Etiopía, a un poblado sin nada al que decidieron redimir. Han construido pozos de agua, orfanatos, escuelas... Mohamed Ezzedine, embajador en Bilbao del orientalismo de cinco estrellas, refinadísimo encantador de serpientes, fundador de un club social de viajeros sibaritas, ha promovido ahora, seguramente con la misma gracia y elegancia con que se gana la simpatía de los viajeros o el plus para los maleteros, una encomiable asociación de filántropos. Etiopía fue, como suele decirse, un viaje interior.

Esculturas sin título

En la segunda parte del Quijote, Cervantes menciona a Orbaneja, el pintor de Úbeda, “(...) Al cuál preguntándole lo que pintaba respondió: Lo que saliere. Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: Éste es gallo”. Los artistas plásticos intentan ser más literarios ahora, se hacen los poetas y los filósofos, bautizan sus obras con títulos herméticos y rimbombantes. No debe de ser fácil titular, sobre todo si no se está seguro del significado. Es un problema inverso al de Orbaneja, aunque el objeto a veces sea similar. A veces el artista no titula, con el riesgo de que lo haga el público. Es lo que le sucedió a Andrés Nagel con su escultura de Amorebieta. Fueron los ciudadanos quienes empezaron a citarse en la rotonda de la Patata, a tomar esa referencia para orientar a los forasteros: “Camine hasta llegar al monumento a la patata, no tiene pérdida”.

Las reuniones entre artistas plásticos, alcaldes y concejales de cultura son un peligro público. No es extraño que a veces terminen en los tribunales, y eso que no hay tribunales que juzguen el buen gusto. A veces juzga el público, como los ciudadanos de Florencia, que no le han perdonado a

un artista local, quinientos años después, lo que le hizo a un hermoso mármol de Carrara. Los artistas deberían llevar a esas citas a un abogado, y los ediles protegerse con alguien que entienda de arte. Parece temerario comprar una firma, acordar el precio y dejar que el artista haga lo que le parezca, pero es como suele hacerse. A alguien tan culto como Azaña, el “Guernica” le pareció un adefesio. El arte es subjetivo, pero da la impresión que, de un tiempo a esta parte, a las municipalidades les meten algunas esculturas dobladas. Nagel ha metido al ayuntamiento de Amorebieta a juicio, por la consideración de que su escultura no sería la misma si la cambiaran de lugar, ya que fue pensada para ése. La Audiencia Provincial no lo ha entendido así, pero tal vez haya jueces en el Supremo más cualificados para desentrañar los misterios esenios de buena parte del arte contemporáneo.

Aritmética municipal

Noja era un pueblecito delicioso, con playas como la de Tregandín, que tiene puntiagudos centinelas de roca ondulando la marea, o la más rubia de Ris. Tenía pocos habitantes, que vivían de antañones, olorosos y familiares negocios agropecuarios. Había más vacas que personas. Ahora las ubres más productivas las tienen los veraneantes de ambos sexos.

Hay veraneantes que coleccionan lugares exóticos, porque les gusta cambiar y para poder contarlo, a su vuelta, a los pusilánimes que se dejan. Otros repiten cada año en el mismo lugar, intentando buscar en esa recurrencia la gracia de los versos que reaparecen, intercalados y exactos, en los mejores poemas del Romancero. Hay quien tiene la suerte de pensar que siempre acierta, y luego están los dubitativos, que sospechan que se están perdiendo algo en otra parte.

Conocí a un tendero de ultramarinos que confesaba a los íntimos su desinterés por el número de sus parroquianos. Buen conocedor de las leyes de mercado, le bastaba, si la clientela se reducía, con subir los precios a los habituales, algunos de ellos cautivos por un ruinoso sentido de la lealtad. Algo así debe de pensar el alcalde de Noja, que debe a los veraneantes una explicación y, esa explicación que les

debe, la debería pagar. Si no vienen nuevos veraneantes, no hay que preocuparse, basta con aumentar desorbitadamente las tasas a quienes no tienen escapatoria. Aritmética elemental, las cuatro reglas con que se han forrado tantos constructores cántabros. Tal vez alguien debería explicarle que el IPC interanual es negativo y que algunos economistas temen los sombríos automatismos de la deflación, pero no será fácil atreverse a dar lecciones de economía a quien no es precisamente ajeno al negocio del enladrillado bastante caótico (con aceras de nivel variable/discontinuo) de su idílico pueblo/ciudad. Los veraneantes entendidos como ubres inagotables explican su éxito electoral entre los lugareños, que son quienes votan. Un día les hablé de la antigua mitificación de los veraneantes. No era el momento de mencionar el paradójico resentimiento que a veces sienten hacia ellos quienes viven a su costa.

Higiene y salud

Los higienistas del XIX, en plena revolución industrial, se dieron cuenta de que los virus y las bacterias se erotizan y reproducen con fruición en la cochambre. “La miseria es la madre de la enfermedad”, decían los higienistas, en un discurso similar al de los primeros santos del movimiento obrero, que equiparaban la miseria con la esclavitud y se deseaban salud en el sentido más amplio y consciente. Hubiéramos jurado que esas estampas eran anacrónicas, pero ahí está la encomiable tarea del equipo de Salud Escolar del Ayuntamiento de Bilbao para sacarnos del error.

Durante años tuvimos complejo ante los europeos por muchas razones, pero algunas cosas han cambiado. Consumimos más agua que ellos, por ejemplo. Cualquier empleado de hotel sabe que algunos guiris esconden el dinero bajo la pastilla de jabón, o piensan que las toallas de baño son para la playa. La higiene ha mejorado notablemente entre nosotros, pero sigue habiendo excepciones, tigres sueltos donde menos los esperas. Los niños pobres son la excepción con mayores atenuantes. Un centenar de ellos comienza en el colegio por las duchas, cada mañana. Pertenecen al subgrupo de la pobreza formado por “inmigrantes en apuros

o etnias minoritarias” y viven en lugares inhóspitos, a veces en furgonetas descacharradas. La falta de higiene puede afectar a la salud, pero siempre es un problema social, la diferencia social más evidente. La conquista de la igualdad por parte de los niños pobres empieza por no ser diferentes a primera vista. En el equipo de Salud Escolar hay médicos, psicólogos, administrativos... y auxiliares que enjabonan cada mañana a esos niños concienzudamente, evitando que se sientan humillados.

Las transformaciones radicales empiezan también por pasos pequeños. La clave con esos niños, como con todos, está en inculcarles saludables hábitos ciudadanos, así como la emulación de ser uno más a todos los efectos, al menos en la escuela, de mimetizarse con el resto en el mejor de los sentidos. Ésa es la alianza de civilizaciones que tenemos más a mano.

Estética de la voluntad

Uno de cada cinco bilbaínos se apunta a la gimnasia, sea de mantenimiento, que nos convendría a todos desde variados aspectos físicos, psíquicos, estéticos y sanitarios, o más sofisticada: fitness, aquamix, pilates... Suda la gota gorda siguiendo instrucciones de máquinas isocinéticas, practica rítmicos ejercicios que le ponen cachas, mantienen en forma su metabolismo y despejado su tráfico cardiovascular, mientras trabaja, sin darse cuenta, los díscolos músculos de la voluntad.

En los gimnasios, los romanos urdían conspiraciones, ligues y epigramas. Cuando éramos jóvenes y espirituales, los gimnasios no tenían buena imagen. Rozaban el lumpen y el arrabal. Muchachos con problemas practicaban en ellos para ser campeones de boxeo, y a menudo se quedaban en pandilleros de base. Bogart y Alcántara eran periodistas deportivos, y sonaban nombres míticos como Primo Carnera, Ray Sugar Robinson o Cassius Clay.

Hubo un tiempo en el que no estaban bien vistos los retoques, no digo el bótox y el bisturí, incluso el pelo pintado o los músculos de diseño. Había que dejar que la naturaleza y la holganza siguieran su curso. No era de buen tono ponerse tetas o trabajarse el tórax. El tamaño de los bíceps y tríceps

eran erróneas pistas respecto de la cantidad, que suponíamos inversa, de materia gris. Tal vez fuera un viejo e inconsciente problema religioso. Los calvinistas ven con buenos ojos la ética (y la estética) de la voluntad. El éxito en cualquier ámbito es, para ellos, la marca de los justos. Nosotros, displicentes partidarios de la inacción, nos rendíamos ante las injusticias corporales de nacimiento. Nos rebelábamos contra las económicas y sociales, pero considerábamos inexorables las estéticas. Admirábamos a los sabios, que no lo eran por ciencia infusa sino gracias a su esfuerzo, pero despreciábamos el más ligero empeño por recomponer la belleza y la salud. Estudiando y cuidándose, era listo y guapo cualquiera, nos parecía. Como todos los jóvenes de la historia, teníamos mucho que aprender. Tal vez aún estemos a tiempo de apuntarnos a algún cursillo.

Vivir en cuesta

En las películas americanas, los abogados visitan los hospitales a la caza de clientes accidentados. Rastrean la negligencia o el dolo en el más leve tropezón. Los americanos reclaman mucho. A veces lo hacen cuando se les mueren campeones de la ancianidad, momias del Mayflower. La enfermedad y la muerte les parecen asuntos para la oficina del consumidor y el juzgado de guardia. Primero se quedan perplejos y luego buscan culpables. Por eso, los profesionales de los más diversos ramos se gastan mucho dinero en seguros que les blindan la responsabilidad. La vida en América está muy judicializada, al menos en las películas (ya se lo temían quienes prohibieron, en el tiempo de los descubrimientos, que se enrolaran abogados en las expediciones).

Nosotros no estamos enseñados a eso, lo que es bueno pero también es malo. En nuestra cultura se personalizan las quejas, nos da no sé qué hacerle pasar un mal rato al cirujano tan cariñoso que nos operó la cadera que no era, al alcalde tan campechano y tan inglés que no va a ocuparse de rasear cada desnivel. No queremos parecer quisquillosos. Cómo no vimos la zanja, con lo grande que era, a quién se le ocurre, con lluvia y cuesta abajo, llevar calzado inadecuado

o arrastrar los pies. Un abogado de esos de Grisham haría aquí las Américas.

El barrio de Urizarri está en cuesta, pero eso no significa que los vecinos deban resignarse. Los técnicos están para estudiar nuevas soluciones, rampas mecánicas, barnices especiales, máquinas perforadoras... y las pólizas de seguros, para resarcir a los ciudadanos cuando hay responsabilidad municipal. Los vecinos se encomiendan a la protección municipal a cambio de cumplir las ordenanzas y el resto de los deberes ciudadanos. Es el más inmediato pacto social, y debe entenderse en sentido amplio. Las brigadillas resuelven los problemas acaecidos e intentan anticiparse a los que pudieran acaecer, también en los barrios en cuesta. Todos vivimos en cuesta, unos desde siempre y el resto con la edad.

Héroe busca empleo

Samuel, el tunecino, habla como si recitara una salmodia que va pero que viene, certera, con el ritmo ingenuista de una novela de Natalia Ginsburg y la picardía humilde de los niños que sobreviven en las ciudades del Magreb, vendiendo espejitos o cualquier cosa, incluida la tristeza compasiva que suscitan en los turistas. En este caso, en los ciudadanos del primer mundo, que tal vez no hubieran sido tan decididos como él lo fue. Hace unos días se portó como un héroe y ahora se postula para que su gesto le ayude con los papeles y el trabajo. Ha sido héroe una vez, y se diría que estuviera deseoso de volver a serlo. Pone todo su empeño en convencernos de que es de fiar. Sabe que le toca un esfuerzo mayor. La ministra Salgado le podría haber incluido en su reciente epigrama: “España, las mujeres y los tunecinos inmigrantes y sin recursos necesitan trabajar o ser heroicos el doble que los demás”.

Samuel revuelve en los escombros, pero no en las basuras. Le enorgullece su afición por la limpieza. Se ducha todos los días en los baños públicos, y el jersey que no dudó en quitarse para taponar la hemorragia del herido al que socorrió, era blanco y estaba limpio. Se presenta como un hombre tranquilo. Da la impresión de que sobreactúa un poco, pero

nadie pasa de inmigrante con problemas a héroe de la ciudad sin que el cambio afecte a su autoestima. Samuel es licenciado en emigraciones, estuvo en Suiza hace muchos años, y ha subido, después, la península en etapas (la fresa, la aceituna, los ajos, las obras, la chatarra...) hasta llegar a Bilbao, donde le gustaría quedarse. El barco que le llevó de Melilla a Málaga le pareció el Titanic, pero no por la parte histórica y trágica sino por la cinematográfica, la proa, la brisa, la expectativa, los brazos abiertos... Da la impresión de que le echa un poco de cuento, pero cómo no comprenderlo, le ha surgido una oportunidad y no quiere que pase de largo. No ambiciona gran cosa, papeles en regla y trabajo de peón. Es solidario y sabe idiomas.

Cosas de chicos

Parece que las autoridades han entendido bien, en Barakaldo, que la primera misión del Estado es velar por la seguridad de los ciudadanos. Los estados se fundaron para que no fueran los granjeros quienes vigilaran las calles y las casas. Esas cosas las sabíamos antes por las películas del Oeste, que, como todo el mundo sabe, tratan principalmente sobre dilemas morales y Teoría del Estado. Diferenciábamos entre el sheriff y los bandoleros. Había buenos y malos en aquellos tiempos, cuando no nos armábamos tanto lío con las psicologías intermedias. Las autoridades de Barakaldo han conseguido, en unos pocos meses, reducir a la mitad los delitos y faltas cometidos por adolescentes. Parece que la presencia policial y el cumplimiento de la ley están resultando medicinas más eficaces que las contemplaciones y los tiernos consejos.

Nos hemos vuelto demasiado blandos. Un adulto prudente se lo piensa antes de llamar la atención a un macarrilla imberbe, aunque lo encuentre rompiendo cosas, drogándose, meando en el portal de su casa o vomitando sobre el capó de su coche. Hubo un tiempo mojigato en el que nos dábamos la murga con que la culpa de la estupidez y el gamberrismo la tenía la sociedad. Así empezó todo.

Los adolescentes de las navajas, los palos y los puños americanos se achantan, en Barakaldo, con la sola presencia, “preventiva y disuasoria”, de los guardias. Tal vez se podría hacer algo más. Esos bribones no han visto películas del Oeste ni leído a los moralistas, como Swift, quien en su “Modesta proposición destinada a evitar que los niños de Irlanda sean una carga para sus padres y el país” proponía cocinarlos y comerlos. Los Monty Python los vendían para experimentos. Sin llegar tan lejos, se podría ayudar a los muchachos incorrectos pasándoles algunos libros cuando empiecen a dejarse deslizar por la pendiente. “El asesinato considerado como una de las bellas artes”, por ejemplo: “Si uno empieza por permitirse un asesinato, pronto no da importancia a robar, pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y acaba por dejar las cosas para el día siguiente”.

Ranking

Los bilbaínos han situado a su alcalde el segundo en el ranking de los alcaldes de España, el primero de las ciudades importantes. No sólo en la clasificación global, sino en capacidad de gestión, de comunicación, en la defensa de los intereses de la ciudad, en honestidad y liderazgo... Y eso que no se valoraba el estilo, y no puntuaron, por tanto, su aire de coronel inglés destacado en la India, el brillo de sus gafas, sus andares como de deportista retirado tras incontables proezas.

Azkuna no habla de sí mismo en tercera persona, pero lo hace del Ayuntamiento en primera del plural, y a veces del singular. Tan pronto maneja vulgarismos como “varilla”, “jeta” o “pesetero”, cuando se enfada de un modo algo olímpico, como cita a los inmortales de un recurrente y distinguido parnaso, a escritores, músicos y artistas plásticos, haciéndose a la vez el intelectual y el Médici, en un peca-dillo venial. Objetivamente ha subido el nivel, y lo sabe. Necesitó el punto justo de apoyo de su partido para mover el mundo que es Bilbao, y su nombre irá ya para siempre unido a la revitalización de la ciudad. Tiene fama de buena persona. Es tan de aquí como el que más, pero no se sentiría un extraño en otra parte. Sería un candidato verosímil en un

espectro ideológico amplio. Tiene peso específico propio. Lo recuerdo caminando por Bilbao en su primera campaña. Pensé que podría ser un político americano ganándose el voto tienda por tienda. A veces se le calienta un poco la boca, como cuando dijo, impulsivamente, que el Athletic no jugaba ni a las tabas en el momento más delicado de la historia del club.

Azkuna cae bien a quienes profesan su ideología, pero también a muchos más. Se las arregla para ir por libre sin ser desobediente, confeso “michelín” en la taxonomía del Aita Arzalluz. Después de la tempestad radical de la Transición vino la calma, es decir, la ciudadanía, la tolerancia, la gestión. Azkuna es un moderado convencido. Mañana le darán otro premio, a la transparencia. Bilbaínos de diverso signo le han puesto en el mejor pedestal, el de su consideración. Alcalde Azkuna, zorionak.

El rap de la manta

Aladji Mbengue no sabe qué cosa pueda ser la SGAE, la sociedad general de autores de España, con quien cualquiera se podría tragar que guarda algún parentesco. Si dijera que su nombre completo es Aladji Mbengue Sgae, tal vez colase. Sin embargo esa sociedad cada día más antipática, con sus inspectores que husmean en las peluquerías con la radio puesta, en las clínicas dentales que refuerzan con hilo musical la anestesia de sus pacientes, en las verbenas y despedidas de soltero... inspira seguramente la ley por la que ha pasado varios meses en la cárcel. Y eso que no tenía antecedentes penales, esos antecedentes que ahora van a hacer imposible que consiga alguna vez la tarjeta de residencia. Así es, que nadie escurra el bulto, el gobierno, los legisladores, los jueces, la SGAE, los cantantes multiculturales.

Aladji es muy tímido. Le gusta el fútbol y estaría encantado de trabajar como soldador, cuando termine un cursillo que está haciendo. No sabe de leyes, no distingue entre delitos y faltas, entre el código civil y el penal, pero se siente humillado por haber estado en la cárcel. Ya se sentía rebajado por ganarse la vida de esa manera, ofreciendo mercancía averiada, un monocultivo asociado al color de su

piel, a su condición de inmigrante sin papeles, a su sonrisa mansa. Sin embargo Aladji es orgulloso. No tiene mala conciencia. No cree haber hecho nada malo. Se ganaba la vida de alguna manera.

No debe de sorprenderle tanto, en cambio, que se pueda sancionar de un modo tan dispar –una multa, trabajos a favor de la comunidad, cárcel o expulsión del país– los mismos hechos en distintos lugares. Sólo tiene veinte años, pero más mundo del que tal vez le gustaría. Seguramente no le sorprende que su suerte dependa de que un juez interprete las cosas de un modo u otro, se decida por la pena más baja o la más alta, sea un juez justiciero o enrollado. Aladji ya sabe que en el primer mundo somos muy distintos, tan distintos como los tonos tan desiguales con que nos quitamos de encima a esos negrillos que dan un poco la lata, en los bares, con los cedés.

Slow food

Qué bonito es el inglés, con sus sonoros monosílabos a punto para las rimas. Slow food, comida lenta, frente a fast food, comida rápida. Ya saben, los mejores productos de la tierra, bien cocinados y servidos con estilo, degustados en lentas veladas cordiales, como contraposición a la sonámbula deglución de insípidos transgénicos o hamburguesas de procedencia incierta. Hay una organización internacional de slow food que en nuestro idioma se define como sociedad ecogastronómica. Este fin de semana conmemora en Bilbao y en el resto del mundo el vigésimo aniversario de su fundación. Convendrán conmigo en que no suena lo mismo ecogastronómico que slow food. A Jane Austen para ser irónica le bastaba con poner en boca de un personaje dos palabras esdrújulas.

Tal vez hayan visto unas fotos del alcalde Azkuna tocado con plumas de jefe amazónico. No se queden en eso, hubo más. Un chamán bailó una danza ritual vestido (poco) con su traje regional en el Salón Árabe del Ayuntamiento, para celebrar el Terra Madre Day, otra frase bien redonda, ecológica y multicultural. El chamán resultó ser, además, profesor universitario (no siempre va una cosa con otra) y por la tarde dictó una conferencia.

En el mismo programa multidisciplinar de actos sigue abierta en el BEC la feria “Agosto” de productos autóctonos de calidad, que se pueden también degustar en los mejores restaurantes de la provincia. Hay anuncios tan brillantes en la forma que olvidas el contenido. Las plumas impiden que veamos el bosque. Asociábamos indigenismo con frugalidad, pensábamos que buena parte de la humanidad no le haría ascos a los transgénicos, que podrían ser una solución para el hambre. Sin embargo hay otro enfoque del indigenismo y del folclore que promueve las delicatessen con label, los sabores de siempre en plan magdalena de Proust, la conservación y el fomento de las gastronomías regionales y, a la vez, el mercado justo. Un lío. Tal vez el mensaje del anuncio sea que todos somos indígenas y si podemos, gourmets.

Por ahí resopla

No está suficientemente documentado que los marineros de Zierbena y Pobeña llegaran a Terranova antes que Eric el Rojo. Salieron a la pesca de bajura y al cabotaje de lanchones. No fueron lo que se dice lobos de mar, pero tampoco blandistas. Se tomaron en serio el mar, a veces de un modo sobreactuado y conmovedor. Pescaron en botes y en las peñas, marisquearon mientras pudieron. Son resabiados contra maestros de muralla. Se informan por hablar de algo de cómo está la mar: mar de fondo, mar bella, marejadilla... Cuando van perdiendo a las cartas, envían a ver cómo está la mar a alguno de los gafes que miran las partidas, amenazan con tirarse vestidos a la marisma si pierden, como en un ritual japonés incomprensible para los forasteros. Suelen llevar tablas de mareas en los bolsillos traseros del pantalón y aprenden cosas sueltas de meteorología para tener mundo y conversación.

El mar se encrespa con facilidad en esa hermosa y aparente bahía que va desde Castro hasta el brazo izquierdo del Superpuerto. Traza corrientes y remolinos, sonoras y traicioneras resacas. Lo mismo derriba de un maretazo el cargadero de Mac Lennan cien años después de su construcción, en un temporal de invierno, que se transforma en unos instantes

en galerna del Cantábrico, el cielo del color de las cerezas, en pleno verano.

A los marineros de Zierbena y Pobeña, reales y vocacionales, a los bañistas de la playa de La Arena, menestral y metalúrgica, la playa de los pobladores de la zona minera y de la margen izquierda, a quienes no desalientan los rojos miñones y las manchas de petróleo en diversas fases de refinado, les ha salido un nuevo elemento físico/químico de disuasión. Dos dragas van a revolverle las tripas al mar ahí mismo, a una milla marina de la costa, para extraer diez millones de metros cúbicos de arena y sedimentos dudosos. El antiguo miñón, el agua de alcantarilla de anteayer, el petróleo de hoy... “Nadie se baña dos veces en un mismo río historiado como el Barbadún”, dijo el filósofo griego. Los de Zierbena y Pobeña ya lo habían intuido para entonces.

Unas madres

Los periodistas reblandecen. Vidas enteras cultivando estilos patibularios, escupiendo por el hueco de un diente, “no le digas a tu madre que soy periodista, ella cree que toco el piano en un burdel”, haciéndose los duros, trasnochadores, bebedores, vividores, promiscuos, deslenguados, pandilleros, folloneros, navajeros, fingiéndose temibles periodistas de investigación para que luego, a la hora de la verdad, nada de nada, unas madres.

Los periodistas deportivos de Bilbao empezaron el melancólico espectáculo. Perdieron de goleada, no ya jugando contra el Athletic, lo que podría entenderse como un asunto de principios, una noble variedad del patriotismo, una inmolación, sino ante los empleados del Club. Perdonen que no les informe de las cifras exactas del resultado. Y algunos volvían cantando porque consiguieron marcar. Inconscientes. A ver quién aguanta ahora las sonrisas. Cómo silbarán nuestros oídos tras la más ligera crítica: qué sabrán ellos de fútbol si están gordos, no le dan a un tanque, se beben el linimento...

Ahora los periodistas de la información municipal le han dado al alcalde Azkuna el premio al mejor orador, porque lo piensan y para que no se le indigeste otro premio que le

habrá gustado menos aunque sea un pellizquito de nada, el “Castigo de la Prensa”, la calabaza. Y es que a veces se enfada si un artículo se aparta un poquito del publlirreportaje, se pone estupendo, riñe a los redactores, se hace el dolido con que la Prensa le zumba, le casca... Los periodistas han hecho felices a los políticos de la oposición, quienes se sentirán orgullosos de sus diplomas “Azote” e “Incordio”, respectivamente. Incluso el premio a la Política Desconocida le viene pintiparado a una concejala de Hacienda a quien todo el mundo imagina escondida en los sótanos acorazados del Ayuntamiento, contando los billetes y monedas de las tasas con su uniforme gris, sus gafas, sus manguitos, la visera de tieso plexiglás. Cómo son los terribles periodistas de ahora, patibularios, folloneros, deslenguados, navajeros... unas madres.

Registro de la propiedad

Hace años hubo un debate público sobre un proyecto que no prosperó, Castronovo. Los castreños votaron en contra de una prolongación de la ciudad que les parecía artificial, de una frontera entre los de siempre y los de fuera, los pobres y los ricos, los pescadores y los balandristas. Pero precisamente la simbiosis es, junto al inconfundible acento cantarín, la más llamativa singularidad local. Una simbiosis estética, social, fisonómica. Castro es un precioso pueblo costero variegado de bilbaínos sin empadronar y de veraneantes extranjeros y celtibéricos que traían las canciones del verano, nuevas modas y costumbres más atrevidas.

Lo de Castronovo fue en la Transición, cuando teníamos opiniones, no siempre criterios, sobre los más diversos asuntos. El proyecto, la idea, no sé si la maqueta, eran de Bofill, no el gamberrillo que se casó con Paulina Rubio sino su padre, el arquitecto y urbanista casi igual de listo, que sacó prácticamente a la vez el título de arquitecto y el doctorado honoris causa. No sé cómo hubiera sido Castronovo, cinco mil viviendas que entonces, quién lo iba a decir, parecían demasiadas, pero tendrían seguramente alguna unidad estilística, cierta geometría elemental, tal vez estuvieran separadas por anchas avenidas, y

no el eclecticismo en plan Rocambole de las de ahora, construidas en los mismos terrenos y en otros peores, casi en cualquier parte, en cuesta, en montes y en desmontes, sobre arroyos y en contra dirección...

Qué pena de pueblo tan hermoso. Un juez escribe palabras gruesas como trama de corrupción o presunto delito de prevaricación continuada, y un funcionario que fue quitado de en medio años atrás porque resultaba molesto dice cosas aún más duras. Los presuntos implicados se sienten perseguidos por causa de la justicia, pero no han dicho eso tan socorrido que se dice en estos casos: "A mí, que me registren". Qué pena de gobiernos locales, a veces contra natura pero siempre a favor del viento y del sol que más calienta. Tal vez hubo un tiempo en el que todos tuvieron hermosos ideales, una visión menos restrictiva, más amplia y generosa, del bien común.

Los tramposos

La literatura y el cine españoles siempre han sonreído con los pícaros, del siglo de oro y más recientes. Los pícaros no suelen dar grandes golpes, de hecho se pasan la vida lampando. Usan su ingenio para timar a los propensos a dejarse timar, que tampoco son trigo limpio. Al público le resultan simpáticos los pícaros, tanto aquellos personajes de las primeras novelas españolas de la historia como el Tony Leblanc de “Los tramposos”, cuando da un inolvidable timo de la estampita a un paleta avaricioso recién llegado a Madrid.

Los cientos de propietarios de automóviles que escamoteaban al ayuntamiento de Portugalete el impuesto municipal fingiéndose discapacitados, que presentaban papeles a nombre del abuelo que nunca condujo una mala motillo pero tiene múltiples afecciones, que acreditaban una minusvalía menor que la legal o que en nada afecta a la conducción, no pasan el corte para engrosar las gloriosas filas de la picaresca. Pepe Isbert se hacía el inválido en “El cochecito”, la película de Ferreri y Azcona, pero sólo para salir de paseo con un carricoche de inválido similar al de sus amigos, que eran inválidos de verdad. Azcona seguía las tintas negras que vienen de Quevedo, Goya, Valle Inclán, Gutiérrez Solana...

Para ser pícaro de verdad no vale cualquiera, se necesita carácter, como el de las mendigas que se disputan el carronato de Laureanillo, el oligofrénico deforme que sólo dice “releche” y es una fuente de ingresos en las parroquias y romerías, en las “Divinas palabras” de Valle. La picaresca de ahora no llega al aguafuerte. Estamos en el postpatetismo. Las calles abundan en colgados hiperactivos, arrodillados sin fe, perroflautas, músicos con play back... pero bueno, esa gente se gana su corrusco metiendo horas en lo suyo, como hacen otros en la fábrica o la oficina. Son más dignos de lástima los que por ahorrarse cuatro perras enseñan falsas heridas, profesan esa variante impostora del anarquismo que consiste en pensar que el dinero público, como es de todos, no es de nadie.

Policías y ladrones

Entre que los hombres sean buenos o sean lobos hay muchos temperamentos intermedios. Parece conveniente, en todo caso, tomar algunas precauciones. Mal que les pese a los temperamentos anarquizantes, parece que no sobran los guardias sino que éstos tienen cada vez más tarea. Aumentan los delitos y faltas, y los sociólogos súbitos de salón o barra de bar en seguida se ponen a señalar.

Uno de los tópicos más arraigados en la indignación popular es que los chorizos entran en los juzgados por una puerta y salen por la otra. Late en los corazones de muchos honrados ciudadanos cierta pulsión justiciera. Comprenden al vuelo el desánimo de esos polis de la pantalla, tipo Harry el Sucio, limitados por una justicia lenta, laxa, permisiva... En algunas ocasiones, a esos honrados ciudadanos les gustaría ser Harry Callahan personalmente. Y aunque las estadísticas no van por el buen camino, la vida en Bilbao no se parece ni de lejos, por fortuna, a esas películas policiales.

A la justicia le vendría bien una campaña de imagen, después de tanto populismo mediático, tanto pringoso refocile en sucesos dramáticos (la última tecnología en comunicación de masas imitando a los antiguos pliegos de cordel). Cualquiera

damnificado en esos sucesos se convierte en un reputado paladín de la justicia por la vía rápida. Estremecen los gritos de esos jueces de la horca que se congregan ante los juzgados para pedir justicia con sus propias manos. Conviene desconfiar de las propuestas de agravamiento de las penas o de aplicación de los códigos a la carta tras el último suceso, desconfiar del escándalo que producen en la opinión pública algunas sentencias, por llamativas que sean. La justicia ha de ser democrática en su aplicación, pero no puede serlo en la finura interpretativa. La humanidad, esa Bilbao más numerosa, ha andado mucho camino hasta conseguir que la justicia se aplique con garantías, mediante la interpretación ponderada de códigos elaborados al margen de las emociones repentinas, individuales y colectivas, por jueces profesionales y no por ciudadanos impresionables.

Lumpen y estorninos

Sestao es un pueblo en cuesta desde muchos puntos de vista. El Sestao moderno creció mirando a las fábricas, desde arriba pero a escasa distancia. Fue un ejemplo llamativo de las contraindicaciones de la industrialización. El aire era de diversos colores por las partículas mal disueltas que revoloteaban por las calles, se colaban por las ventanas, se posaban, rojas, grises o negras, en los pupitres del viejo Patronato. Olía repentinamente a cebolla o huevos podridos, según fueran las tortuosas digestiones del horno María Ángeles. Era un pueblo obrero con algunas calles especialmente humildes, como Chávarri y Rivas, paradójicamente dos de los más destacados fundadores del nuevo mundo industrial, propietarios de minas, siderurgias, astilleros... La calle Simondrogas era la de mayor densidad por centímetro cuadrado de jugadores del Athletic de Bilbao, la demostración empírica de que ese equipo no está tan subordinado como se piensa a la estadística demográfica, a partir de cierta masa crítica.

Sestao era un pueblo honrado, uno de los lugares más significativos del movimiento obrero. Blas de Otero le dedicó un poema entregado. La plaza del Casco era la Plaza Roja, el lugar elegido primero para los “saltos”, es decir, cortes de tráfico y

gritos de consignas antifranquistas por los más jóvenes, y luego para las masivas concentraciones sindicales en los años setenta. En los noventa, en cambio, las calles con apellidos ilustres fueron elegidas por Daniel Calparsoro como el escenario perfecto para su película más dura, “Salto al vacío”. Habían llegado la droga y otros visitantes indeseables.

Los manguis son como los estorninos, se arraciman masivamente en un punto y lo ponen todo perdido. Chávarri, Rivas, Simondrogas... no se habían vuelto sólo lóbregas, eran también sórdidas. Robo y narcotráfico, incivilidad y violencia, destrozos e incendios... Las autoridades no se resignan a que esas calles sean el Bronx y han aumentado las rondas policiales, mixtas de municipales y ertzainas. Recientemente ha sido detenido el último pirómano gracias a la colaboración ciudadana. Parece que los vecinos honrados de esas calles están perdiendo el miedo y han empezado a hablar claro.

Residencia en la tierra

A este paso, cuando llegue la jubilación nos encontrará preparando los papeles de la residencia, pública o privada, según el PIB, los presupuestos, el Cupo, nuestros ahorros y el cálculo actuarial. Con el cuento de la psicomotricidad y la gimnasia mental, en la residencia nos pondrán a despachar expedientes. Al tiempo. Antes de echarnos al container chequearán la ratio entre el tiempo de producción y el de destrucción asistida.

En el “Otro poema de los dones”, Borges da las gracias por muchas cosas dignas de ser leídas, por muchas personas inolvidables, como Frances Haslam, que pidió perdón a sus hijos por morir tan despacio. Así llevamos camino de hacerlo todos, no sé si moriremos despacio, Dios no lo quiera, pero me temo que habrá que pedir disculpas a los administradores de nuestro futuro imperfecto en cuanto notemos que se impacientan porque estamos jodiendo el promedio y no les salen las cuentas, perdón a nuestros hijos y a los directores y celadores de los cotolengos en los que nos aparquen en batería, sentados en carritos, mirando sin mirar las paredes blancas, recién jubilados, que viene de júbilo, perdón por darles la lata a los cuidadores de ese limbo donde nos tratarán como si fuéramos tontos incluso antes de llegar a serlo.

Deberíamos comprender que es una desconsideración hacerse viejos a este ritmo nuevo, que es poco elegante durar tanto. Antes, todo era más rápido, había otra conformidad. Nuestros benefactores están preocupados, han dejado de ser aquellos simpáticos organizares de txitxarrillos y excursiones, y se han puesto a amonestarnos gravemente por ese camino largo e insostenible que hemos emprendido, de la lenta ancianidad. Quieren que sigamos trabajando hasta un instante antes de incurrir en la dejadez de la decrepitud, que nos lancemos a una campaña maoísta para batir todas las marcas generacionales de laboriosidad de la Historia, el Guinness de la durabilidad al pie del cañón contributivo. Se han propuesto que cuando nos llegue el descacharre, como la inspiración, nos encuentre trabajando.

El tiempo del revés

El joven Zarracina escribe que la municipalidad no tiene dinero para contratar al Séptimo de Caballería, que no le queda más remedio que ahorrar también en policías municipales. Por mucho que haya leído con aprovechamiento a los poetas ingleses, a los columnistas de principios del XX, a los escritores imprescindibles de todo tiempo y lugar, Pablo pertenece a la generación que coreaba “Mucha policía/poca diversión”, y esas cosas dejan huella. Sabina, el inventor del slogan, no es de su generación sino de la mía, que opinaba parecido sobre el asunto, no por razones sociales sino políticas.

Cuando alguna vez nos ponemos serios, Pablo, usted y yo, sabemos que hay una geometría complicada entre la seguridad y la libertad. Que les pregunten, si no, a los ciudadanos de San Francisco, de antes y ahora. Esos ciudadanos están pensando en contratar serenos, como han hecho en otras ciudades, un recurso antiguo, la “Ronda de noche”. Oigo la palabra “sereno” y pienso en Manolo Morán, quien no sé si hizo de sereno, como hizo de taxista o guardia urbano, en aquellas películas regulares de los cincuenta y sesenta. Valle Inclán no tenía buena opinión de los serenos, les pone mal, como chivatos, en “Luces de Bohemia”, aunque luego

los deje muy literarios, no lo puede remediar: “El farol, el chuzo, la caperuza del sereno, bajan con un trote de madreñas por la acera”. Alfonso Ussía dice, tal vez se lo inventa, que algunos serenos tenían rápidos y discretos romances en la oscuridad de las calles y los portales: “Eres más rápido que el polvo de un sereno”, dice que se decía. También se decía el pito de un sereno, chuzos de punta (carámbanos), las doce en punto y sereno.

Hay un problema en este asunto, la autoridad legal. Si los serenos van desarmados, pueden salir malparados, y si se les arma, la pueden armar. Es fácil imaginar a un sereno de “Viva la gente” cruzando la acera a una anciana o subiendo a un árbol con una escalera para rescatar a un gato asustado. No es tan fácil su papel en situaciones complicadas como las que se pueden presentar, San Francisco arriba.

La delicadeza del cemento armado

Marian Egaña es una de esas personas que caen bien a primera vista. Dirigió las bibliotecas, el área de Cultura, y lleva unos años en la Alhóndiga. Dicen quienes saben de esto que fue decisiva en el fichaje de Philippe Starck, que el diseñador se rindió ante esa mezcla de sencillez, inteligencia y entusiasmo, ese aire cálido y seductor de ratita sabia pero simpática que tiene la Egaña.

A veces unas cosas se encadenan con otras. Hoy me toca escribir de la Alhóndiga y hace poco he leído el libro de Kirmen Uribe, otro de esos tipos listos con caras de buenos. Kirmen se las ha arreglado, en este momento desorientado de la ficción, para enhebrar un género que tiene similitudes con el patchwork, la tarea que hacen las mujeres que se juntan para coser edredones con trozos de telas diversas mientras charlan, ríen, cuentan historias, como en aquella película deliciosa, “Donde reside el amor”. En el libro de Kirmen, “Bilbao, New York, Bilbao”, un título que parece sugerido por el alcalde Azkuna, salen Ricardo Bastida, el arquitecto de la Alhóndiga, y su amigo Aurelio Arteta. Ambos tienen en común Ondarroa, y el recuerdo mitológico que dejaron en Ondarroa, el pueblo de Uribe.

En esta semana se ha hablado del incremento del coste de la Alhóndiga. Qué quieren que les diga, hoy es domingo y, si me toca escribir de la Alhóndiga, me pido ilusionarme con su próxima inauguración, con el rescate, después de tantos avatares, del friso impecable de Bastida, que no es obstáculo para un interior de ladrillo cara vista, como de “West Side Story”, de Philippe Starck. La Alhóndiga va a ser un lugar de usos y encuentros diversos, como en el humanismo clásico, mens sana in corpore sano, una mezcla divertida de estilos, como esas columnas que parecen traídas del palacio de Cnosos que medio inventó Evans, aquel arqueólogo de domingo. Ya me veo en la terraza de la Alhóndiga, haciendo tai chi, como en la fantasía de Marian Egaña, siempre que dirija los ejercicios el narrador de otro libro tan estupendo y reciente como el de Uribe, “La fragilidad de la porcelana”, de Enrique Mochales.

Bronce y madera

Hubo un tiempo sórdido en el que no había estatuas de Unamuno en la calles. El Régimen no olvidaba su amonestación: “Venceréis pero no convenceréis”. Unamuno calculó mal con Franquito, quien le parecía mediocre y mal aconsejado pero creyó que se dejaría sermonear. Hubo luego otro tiempo zarzapastroso en el que fuimos recuperando las libertades pero brotó un sarampión de sectarismo incivil. Unamuno nunca fue de los hunos ni de los otros, por lo que sus esculturas, de Victorio Macho por ejemplo, siguieron olvidadas en oscuros almacenes. Luego se le fue aireando, y algunos muchachos escasos de lecturas pero con mucha empanada se metían con su efigie, como siglos atrás otros inquisidores, en los autos de fe, lo hacían con los réprobos que ya estaban muertos. Y al fin llegó el apogeo de Unamuno, representado con cierta redundancia de estatua en pueblos y ciudades gobernados por mandatarios de ideologías diversas.

Lo que tienen las estatuas es que son muy traicioneras. Esta misma semana el alcalde Azkuna volvía a recitar algunos pasajes de “Recuerdos de niñez y mocedad” ante un escueto auditorio de ediles que se lo tienen ya oído, mientras descubrían con poca maña un nuevo busto de Unamuno. El escritor

se va pareciendo, con la edad, al alcalde, pero siempre le sacan con el gesto de reñir. Las estatuas realistas suelen ser desmañadas y tirando a falleras. Al menor descuido, colonizan las ciudades. Más que en poner muchas habría que tener cuidado en que sólo fueran las imprescindibles.

Las imágenes de Semana Santa tienen de bueno, en ese sentido, que se las saca en procesión cuando toca, y luego se guardan. En Bilbao hay pasos mejores y pasos perdidos, como en todas partes. Hace algunos años, un buen escritor de Bilbao con muchas ocupaciones hizo una crónica verista de la procesión de lunes santo por La Palanca: las saetas, los puticlubes, las jubiladas, el Nazareno... El artículo tuvo mucho éxito y fue muy comentado, especialmente porque la procesión, como ha sucedido también este año, se había suspendido por la lluvia.

Lo raro es fumar

Fumar es una experiencia plástica. Lo dice Vicente Verdú en “Días sin fumar”, el diario de los meses posteriores a dejarlo. Seguramente es absurdo que a quienes en su día lo dejamos nos preocupara qué hacer después con las manos. ¿Comer pipas de calabaza, apretar pelotas de tenis, pasar las cuentas de un rosario? Y sin embargo lo raro es fumar, cuarenta o cincuenta cigarrillos, o más, según los días, si estábamos bien o estábamos mal, de los que sólo dos o tres los disfrutábamos verdaderamente.

Los hosteleros están preocupados por la prohibición que viene. Temen que los clientes dejarán de acudir a los bares y restaurantes si se prohíbe fumar en ellos radicalmente. ¡Qué vamos a dejar! Quien alguna vez recorrió vastas avenidas sin posibilidad de avituallamiento, como en la vieja Moscú, por ejemplo, sabe que el bar, la taberna, la tasca, el pub, la coctelería, el restaurante, son inventos infalibles. Pensar que no volveremos porque no nos dejen fumar en ellos es como pensar que no saldríamos de casa si se prohibieran las pipas de agua o los fumaderos de opio.

“El mundo se presenta más aritmético y severo, más primitivo y real si ya no se fuma”, escribe Verdú, todavía con

el mono. Las instituciones se arman un lío de competencias. Unos gobiernos se pasan a otros la impopular tarea de la inspección, y hay liberales, más o menos, que se enfadan por la intromisión pública en los asuntos privados, por más que la salud pública salga una pasta a escote. Es un problema que todos tengan razón, pero también una ventaja, el imperativo legal puede ser un incentivo para dejar una adicción bastante insólita, aspirar y exhalar un humo que no es azul sino sucio, que no tranquiliza sino que hace toser, priva del olor y el sabor, enferma. Lo dejé hace años con un libro elemental que ayudó a millones de personas elementales, “Es fácil dejar de fumar si sabes cómo”, de Allen Carr. No es para tanto, basta con ponerse, si es eso lo que quieren. El cigarrillo, a fin de cuentas, como dice Verdú, bien mirado, sólo es una decoración del tiempo.

Impuestos y lenguaje

Los gestores de Hacienda no parecen de este mundo, les dan altibajos anímicos o se les cierra un ojo, como a Solbes, se quedan en la inopia un largo instante, como Rato anteayer, en mitad de un discurso. El Diputado de nuestra Hacienda Foral dice decalaje, no sé si con jota o con ge, porque mi diccionario automático lo subraya igual, debe de parecerle una traducción aún no aceptada, por más que el diputado lo crea un concepto diáfano. Más tarde dice quantum, y esta vez el corrector se queda tan ancho, se ve que la cibernética no está tan alejada como parece de las humanidades y el mundo clásico.

Los recaudadores de impuestos eran los malos en las novelas de Walter Scott y en los tebeos del capitán Trueno. Llegaban a caballo y arrebatában a los campesinos sus escasos excedentes. Entonces no había Estado del Bienestar, ni seguridad social, nada de nada. Los nobles y la realeza destinaban la recaudación a los capítulos de mesnadas y gastos suntuarios. Después cambiaron las cosas. Quién no recuerda el entusiasmo que suscitaban, veinte o treinta años atrás, los impuestos de los países nórdicos. Sabíamos que eran altos, pero proporcionales a los incontables servicios a la comunidad. Nos parecían, cuando ya nos habíamos caído del guindo de las utopías, la manera

más civilizada de redistribución de la riqueza. Ya se sabe que hay que tener cuidado con los sueños, no sea que se cumplan y la declaración nos salga a pagar.

Para ocuparse de Hacienda hay que tener conocimientos y asumir el papel de aguafiestas con naturalidad. Les toca despertar de sus sueños desmesurados a los otros concejales, diputados, consejeros, ministros, al público en general. Son la última frontera, la línea roja del gasto. Tal vez no sea casual que quienes se ocupen de Hacienda no parezcan de este mundo y hablen con un lenguaje técnico que es casi críptico. El lenguaje a veces puede mimetizarse con la sabiduría, y resulta tranquilizador saber que el dinero público, que no es de nadie y es de todos, está no sólo en manos limpias sino también sabias. Nadie es Hacienda pero todos lo somos, incluidos los dentistas.

Ardor y pedagogía

La municipalidad tiene interés en que sepamos que las multas no están pensadas con afán recaudatorio. Nos las pone por nuestro bien, para que aprendamos civismo y urbanidad. En la OTA, el Ayuntamiento sale parra, la recaudación le alcanza apenas para pagar a los puntuales vigilantes. Lo comido por lo servido, lo regalado por lo sobado.

La municipalidad tiene la misma intención pedagógica con que nos zurraban los maestros, los curas, los hermanos, los prefectos de antes. Lo hacían a veces, no digo siempre, sin ira, con desgana, de un modo funcionarial, pensando en otra cosa, por sentido del deber. “Quién te ha pegado”, preguntaban, y los despistados o quienes estaban aún groguis y sólo podían pensar en aquel ardor en la mejilla producido a medias por el escozor y la vergüenza, contestaban incorrectamente, “Usted”. Entonces volvían a cobrar. No era eso, zas, otra torta de igual calibre o superior, para que pusiéramos mayor atención en la respuesta. Entonces nos poníamos irremediabilmente obtusos hasta que alguna vez, no siempre, dependía mucho del riesgo que pudieran correr, alguno de los veteranos que habían presenciado innumerables autos de fe similares, nos soplaba, como el

apuntador en el teatro, una de las dos respuestas correctas: “Yo mismo” o “Un servidor”.

En efecto, sólo un comportamiento inadecuado nos había conducido a aquella situación incómoda para todos. Las tortas servían para que fuéramos aprendiendo. Nos sacudían pensando en nuestro futuro impredecible y seguramente imperfecto. Los árboles se enderezan con un palo cuando son retoños. Bueno, no éramos ya tan niños, debíamos de tener nueve o diez años por lo menos, es decir, había pasado un tiempo considerable desde que alcanzáramos el uso de razón y los conceptos de responsabilidad y libre albedrío. Creo que nunca he vuelto a ser tan responsable y mayorcito como entonces. Ahora me enfado con las multas y las tortas, como si fuera inocente, las pago sin darme mucha cuenta del civismo y la urbanidad, sin verdadero arrepentimiento, como un insustancial.

Bilbao, Shanghai, Bilbao

En las exposiciones internacionales hay encuentros insólitos. En la de Londres se reunieron sindicalistas continentales y británicos que pusieron en marcha la Primera Internacional. De todas las exposiciones queda alguna señal, como la torre Eiffel o el parque de María Luisa. Todas se abrieron paso entre preguntas escépticas y metafísicas que podrían resumirse en una sola: ¿Para qué sirve, en realidad, una exposición internacional? Es una pregunta que sólo se hacen ya quienes desconocen los efectos benéficos de salir por el mundo.

Hay malpensados que confunden la geografía con la historia, la sociología con la política, los negocios con la identidad. Y no es eso. ¿Debemos acaso sentirnos culpables por ser de Bilbao? ¿No está implícito en el lema, “Bilbao, Guggenheim ++”, que somos plurales y tecnológicos? El alcalde Azkuna invitó a Bono al pabellón de Bilbao, no al cantante de U2 (porque no estaba) sino al presidente del Congreso. La municipalidad aceptó que el actual Gobierno Vasco contribuyese en los gastos, a pesar de no ser de la cuerda. Si seremos plurales que una de las cuatro azafatas del pabellón de Bilbao es donostiarra.

El alcalde Azkuna se ha presentado en la Exposición de Shanghai para exponer a los chinos y al resto del mundo lo que

Bilbao ha cambiao. Ha invitado a los empresarios de Bilbao para lo que haga falta relativo a los negocios (los chinos ya no sólo venden rollitos primavera en los restaurantes y abalorios en los bazares, sino que no paran de crecer y se han puesto también a comprar de todo, masivamente, como hacen ellos las cosas). El alcalde Azkuna ha tenido un sueño amarillo, llenar de turistas chinos Bilbao, aunque sean un poco escupidores, inescrutables, milenarios y se dejen uñacas. Ha ido a decirles, a los chinos y al resto del mundo, que Bilbao es más y más, y mucho más que el Guggenheim y el bacalao a la vizcaína. Lo que cambian las cosas. El chino mandarín ya no sólo es un flan, ni tiene que ver con el Domund, se ha convertido en un idioma de negocios emergentes.

Bisutería de los sentidos

Bilbao está cada vez más moderna. Puede que incluso el público que acude a los actos culturales provisto de una bolsa de plástico para llevarse a casa los canapés con los que ya no pueda, encuentre de lo más natural todo lo que oye y lo que ve. Pensé que había aprendido algo al cabo del tiempo y algunas lecturas, pero he debido de perderme muchas cosas, tantas que no sé si voy a dar el nivel de capacitación exigible al público del non plus ultraísmo de Alhóndiga/Bilbao.

Me llamó el redactor jefe para encargarme un comentario sobre la entrevista adjunta a Paul Virilio, de un día para otro. Ya sabes, me dijo, Paul Virilio, el filósofo y urbanista que va a exponer en Alhóndiga/Bilbao. Respondí que ya, como Nino Manfredi cuando se hacía pasar por suizo de lengua alemana en “Aventuras y desventuras de un italiano emigrado”. Ya, le dije al redactor jefe, mientras me encomendaba, confiado, a San Internet. Pero en Internet ha sido todo aún más confuso que en la entrevista, una jerigonza de palabras aparentemente descontextualizadas. La entrevista debe de ser uno de los géneros favoritos de este artista polifacético. Todas son complejas, no sé si irónicas pero más y más abisales. Una entrevista en Internet se la hicieron para “Ajoblanco”. Yo leía “Ajoblanco” cuando

era joven. No entendía casi nada, me pasaba lo mismo con el “El viejo topo”. Estas entrevistas a Virilio me han retrotraído a aquella primera juventud indocumentada. De todas maneras, estos sabios postmodernos, ¿no podrían hablar más claro? Una de las cosas que más me han gustado de la entrevista es una pregunta de Iturribarría, cuando dice sencillamente: “Explíquese”.

Virilio filosofa, pinta afiches, es maestro vidriero, diseña catedrales con aspecto de bunkers y resonancias de la gruta de Lourdes, habla de la velocidad de las cosas, la desorientación, la fragilidad de las apariencias, la bisutería de los sentidos... Esto no ha hecho más que empezar. Alhóndiga/Bilbao arranca en lo más alto. No quiero ni pensar lo que será de nosotros si, como en las buenas novelas, luego sigue subiendo.

Continúa el misterio

Quienes paseaban por el Puente de Hierro cuando despunta la luz de la mañana, como en una acuarela de grises, veían perfilarse unas luces en la niebla que se transformaban de pronto en el “Orgullo de Bilbao”. Era muy hermoso, como en “Amarcord”. Ese barco no resultó un gran negocio ni contribuyó tanto como se pensaba a los intercambios con los ingleses. Los ingleses bajaban del barco con sus coches y roulottes y se dirigían al sur, como vienen haciendo desde el XIX. Bilbao siempre ha sido muy british, pero para british ya están ellos. En seguida se vio que el Pride no iba a ser un gran negocio, y las instituciones se aprestaron a evitar el bloqueo continental (el viejo sueño de Napoleón) de una manera que no les gustó nada a los picajosos contables de la Unión Europea.

Las Juntas Generales han creado una comisión para investigar el misterio de los bonos de viaje que compró la Diputación a esos efectos. Se dijo que habían desaparecido hasta que se dijo que habían vuelto a aparecer, que siempre estuvieron sobre la mesa, como la carta de Poe, tal vez impresos con tinta simpática, o antipática. Se dice que durante un tiempo hubo pasajeros que viajaron con esos bonos, ir y venir, treinta horas de ida y treinta y tres de vuelta tras dar un paseo por el

muelle de Portsmouth mientras duraba la maniobra de carga y descarga, un planazo. No se sabe si los viajeros usaron bonos comprados o regalados, pero bueno, tampoco hay que ponerse así, a ver quién saca la cuenta de los que han ido gratis a los toros, el Arriaga o a San Mamés.

El presidente de la comisión nunca se ha visto en otra, por lo que no sabemos si practicará el estilo deductivo de los detectives ingleses o el más expeditivo de los americanos. No quiere prejuzgar sobre los 9,7 millones en los que tasa el Tribunal Vasco de Cuentas la bonita operación. Mientras tanto, los mismos que dijeron varios capítulos atrás que los bonos habían desaparecido, exigen ahora la reapertura de la línea marítima con el argumento de que tienen los bonos y el derecho de usarlos. Continuará.

Mañana de carnaval

Las personas felices no distinguen el invierno del verano, los días laborables y las fiestas de guardar. Hay quien tiene el don de la alegría, y quien confía en el contagio sumándose a las multitudes convocadas a fecha fija. En las fiestas antiguas se comía, se bebía, se bailaba, y luego lo que podía cada cuál, pero siempre con la sorpresa de lo episódico, lo inusual, lo insólito. Ahora se supone que los rituales pueden fabricarse a voluntad, en cualquier momento. No sé. Durante siglos el desenfreno, o sencillamente la plenitud, fueron la réplica de la contención. Ése era el juego de Don Carnal y doña Cuaresma, el contraste entre el desorden y el control, lo irreverente y lo mojigato, la pasión y la ceniza, la carne y el pescado.

Durante los largos siglos, casi todos, de economía agraria, el Carnaval era el momento de terminar, en un atracón, con lo poco que iba quedando de la matanza en las despensas del invierno, antes de resignarse a la Cuaresma, el ayuno, la castidad, las verduras y los peces. El Carnaval era comer y beber fuerte, y enseñarle los calzones a la muerte. Los carnavales de Venecia y Brasil, las chirigotas de Cádiz, el de Bilbao, son fantasías recientes. En los pueblos del País

Vasco los disfraces se hacían con sacos, paja y campanos. Ahora, en la más pequeña aldea hay un bazar con disfraces de chica de cancán o de Rouco Varela.

Disfrazarse es ser otro por un instante. El Carnaval antiguo favorecía la mezcla social, el oculto deseo de cambiar de papel, en secreto, entre el noble y el campesino, el cura y el guerrero, el hombre y la mujer. El Carnaval era la burla, la sátira, el exceso, pero sólo durante los días previos a la Cuaresma. “Polvo eres”, se dice el miércoles de ceniza, sería advertencia, el día siguiente al entierro de la sardina. Hay dos cosas que envidian al catolicismo otros intérpretes más rigoristas de la fe: los rituales (de antes) y la licencia para pecar si luego se piden disculpas. Feliz mañana de Carnaval, “nao sei se outro dia haverá”, carpe diem, aunque dure un suspiro.

Exigencias del guión

Un liberal, liberal, y un partidario del Estado protector se pondrían de acuerdo en que cada uno haga con su manguera lo que le parezca en la privacidad, pero convendría alguna discreción en el uso de la manguera pública del cuerpo de bomberos. En la grabación del calendario superventas de los bomberos de Bilbao, uno de ellos se baja los pantalones hasta el límite, como si fuera a buscarse la pulga al estilo de las cupletistas, y posa en plan pecho toro, quien no quiera torso, torso y medio, descubierto, naturalmente, uno de los uniformes del oficio, a lo que parece, al menos una vez al año. La chica a la que rescata ha tenido la mala suerte de perder la camisa, o tal vez volvía de hacer top less en la playa antes de desvanecerse en los brazos del bombero por un accidente, la emoción o el desodorante.

Sí, ya sé que algunos lectores pueden estar pensando algo parecido a lo que decía aquel poema de Borges, relectura irónica de Heráclito: “Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca/ aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach”. Muy bien, piensen lo que quieran, pero no inviertan mucho en las apuestas, no vayan a equivocarse: además de las tabletas pectorales hay otras sutiles en el corazón y

en el cerebro. Escribo sencillamente lo que otros muchos de ustedes se habrán preguntado año tras año pero nadie les ha dicho, por lo visto, a estos funcionarios: qué tendrán que ver sus exhibiciones con el honrado trabajo de bombero.

El anuncio de una empresa de seguridad decía que el arma fundamental de sus empleados era la cabeza. Tal vez alguien cercano debería decirles algo así, sobre la cabeza, el narcisismo y el buen gusto a estos bomberos y a otros colectivos intrépidamente decididos a exhibirse por las causas más nobles, decirles que se les ve todo, que no hace falta ser Freud para leerles el pensamiento e interpretarles los sueños. En los tiempos catetos en los que algunos paisanos iban a Hendaya a ver “El último tango en París”, las actrices autóctonas se destapaban un poco, como éstos, por exigencias del guión.

Fútbol y kalimotxo

Hay árbitros que echan discursos a los jugadores que se empujan o se dan patadas. A mí me parece más práctico que apliquen el reglamento sin esforzarse con la pedagogía. El reglamento se lo saben todos los jugadores y la mayor parte de los árbitros, porque está a medio camino entre la ley natural y el sentido común. Otra cosa es que a veces unos y otros se hagan los olvidadizos. Que se empujan dentro del área, pues penalti y ya está, ni una palabra más, cine mudo y sin aspavientos. Y así en general. Es muy aburrido el debate sobre si he empujado o no he empujado, sobre si vale o no vale empujar.

En todas partes hay quien se erige en intérprete del alma profunda del pueblo. Eso no le hace daño a nadie. Piense cada cuál lo que quiera, pero cuando hable y actúe debe hacerlo inexcusablemente dentro de la ley. En caso contrario, esa misma ley no sólo faculta a las autoridades para intervenir sino que se lo exige. Lo contrario sería dejación de responsabilidades. Es otro reglamento que conocemos bien. Leyes elaboradas por los únicos representantes legítimos (los electos) de la soberanía nacional, una autoridad que las cumpla y las haga cumplir, y jueces que interpreten las desviaciones.

No hay lugares en la cancha exentos del cumplimiento de la ley, no serían reservas de libertad sino de impunidad.

Se acercan las fiestas y la coordinadora de comparsas ha decidido cerrar las txosnas por un día. Está en su derecho. Podría ahorrarse las explicaciones. Otra cosa distinta sería, en su caso, extender la medida a otros ámbitos, si no fuera ésa la voluntad de los dueños de los bares ni de los ciudadanos. Los representantes de los hosteleros no parecen partidarios. Lo han dicho con un discurso de perfil bajo, economicista, llamando a los bares pymes y micropymes, sin grandes discursos. El eco de la medida seguramente irá por barrios. Habrá muchachos melancólicos que se acuesten temprano en esa noche sin txosnas, katxis en la mar, y otros seguirán de marcha, alegres y peripatéticos, a la busca de lugares que tengan la fiesta en paz

Tibia cuna

El caserío Etxezuri, de Txurdinaga, tiene todo el aire de los txakolíes de Begoña y Artxanda. Es similar, en más bonito, al Txakoli de Larrazabal, donde Sabino Arana expuso sus teorías en público por primera vez, en 1893. Como en una de esas encrucijadas tristes que a veces suceden, ese caserío, antiguo Txakoli Legina, de doscientos años de antigüedad, estorba un poco. Se encuentra en una esquinita de unos terrenos destinados a viviendas de protección pública. Seguramente a quienes aspiran a empezar a vivir en uno de esos pisos futuros les parecerá secundaria esta historia del desalojo de su casa de siempre de una pareja ya mayor. Tampoco los urbanistas pueden permitirse miramientos sentimentales, pero tal vez sí alguno.

Por qué no es posible dejar en pie ese caserío, al menos mientras vivan en él sus propietarios de siempre, e incluso después, dejar en pie esa casa entre las zonas previstas de arbolado y jardines? Una casa de antes entre las nuevas torres. No hablo de construir como hace doscientos años, sino de dejar en pie algunos vestigios con gracia, de entonces. No hablo de impedir nada sino de retocar un poco el plano. Apenas redondear un vértice para dejar una isleta con el caserío, que es una preciosidad.

Seguro que alguna vez se han preguntado cómo es que ahora que se embotellan los mejores txakolies de la historia han desaparecido los txakolies, mientras se llena el Territorio de sidrerías. El intento de conservación de un caserío, intercalado con una historia sentimental, es la zarzuela de Guridi, Romero y Fernández Shaw. Ana Mari y José Miguel algunos años después. Tal vez el alcalde Azkuna pueda hacer algo, darse una vuelta por allí, charlar con esa pareja, mirar en los planos ese mínimo triangulito que podría, como en un sencillo recortable, sacarse de ordenación. Busque un hueco en su agenda, Alcalde. El joven Zarracina le llamó a usted, recientemente, operístico. Yo me lo imagino, en cambio, cantando bajo la ducha, con voz de barítono, romanzas de zarzuela: “Sasibil, mi caserío/tibia cuna de mi niñez...”

A su manera

Dice Don DeLillo que a veces no sabe lo que opina sobre un asunto hasta que no se pone a escribir sobre él. El redactor jefe me propuso como tema dominical el primer bautizo civil de Euskadi, celebrado ayer en Muskiz. Confieso, en el sentido laico de la palabra, que lo primero que pensé fue en la contradicción de los términos. Bautizo civil suena a un contraste del estilo de aduaneros sin fronteras, cuadratura del círculo o estruendoso silencio. Una somera exploración por Internet me ayudó a formar opinión. Comprobé que el bautismo civil molesta especialmente a los carcas, sean solemnes y tradicionalistas propensos al anatema o simpáticos y castizos del gracejo y la retranca.

Los padres de esa niña bienvenida por lo civil no querían molestar a nadie. A nadie le obligan, ahora, a celebrar de un modo religioso o laico esa media docena de acontecimientos fundamentales de la especie (nacer, crecer, casarse o dejar de hacerlo, con un señor o una señora, va en gustos, morirse...) Los padres de esa niña aprovecharon su boda para dejar constancia civil del nacimiento de su niña, con todos sus derechos, que se comprometen a garantizar. Creo que el alcalde de Muskiz hizo bien en prestarse a ello. A nadie le obligan,

como sucedía antes, a esto o lo otro. Aquél, y no éste, era el problema. Era entonces cuando existía la imposición, ahora sólo es cuestión de gustos.

No parece que hubiera en la ceremonia laica de ayer ningún afán volteriano de llevar la contraria a nadie, lo que sería, por otra parte, otro derecho absolutamente democrático, sino el deseo de hacer las cosas cada cual a su manera dentro de la legalidad. A los jóvenes les gusta hacer las cosas a su aire. Hace un mes, en ese mismo lugar, hubo una boda civil. Llegado el momento de intercambiar los anillos, mi amigo Natxo, el contrayente, dio un silbido, y Ortzi, su buen perro, con permiso de la autoridad, entró como un cohete en el salón de ceremonias llevando las alianzas en su collar. A mí me pareció un momento cumbre, como si hubieran puesto una cantata de Bach. Para gustos son los rituales.

Picos, palas y azadones

“Por picos, palas y azadones, cien millones”. Son muy citadas las cuentas del Gran Capitán, aunque nunca se hicieron. No parece que fuera tan arrogante y temerario como para ironizar ante Fernando el Católico, quien le pedía explicación sobre los gastos de la campaña de Italia. Fernando era católico pero no un santo sino el Príncipe de Maquiavelo. Si la historia de las cuentas, aún siendo falsa, ha llegado a nuestros días, es por lo que tiene de estereotipo de cierta aristocracia española, castiza y tradicional a quien le molesta el detalle de la intendencia cuando lo suyo son las hazañas.

Da la impresión de que a los gestores de las comparsas no les entusiasma la idea de explicar la aburrida contabilidad de sus ingresos y gastos, y no es un juicio de valor sino la constatación del tiempo transcurrido desde que se la pidieron hasta que al fin la han explicado. Se han tomado su tiempo para cumplir lo que les pedía la municipalidad, y cuando al fin se han puesto la visera y los manguitos de contables, las cuentas han salido bastante heterogéneas: unas txosnas ganan algo, otras muy poco y algunas hasta pierden, lo que ya tiene mérito. Se diría a simple vista que en todas hay un similar rumor de descorche y caja registradora, pero también

es verdad que hay clientes raros, que van a unas y no a otras, que si alguna vez se acodaran en una txosna sería en la del Atletismo o el Rugby.

“Por guantes perfumados (...) Por campanas averiadas (...) Por la paciencia de tener que descender a estas pequeñeces (...) cien millones”. Indudablemente las comparsas y las txosnas juegan un importante papel en las fiestas, pero eso no las vuelve opacas. Cada vez que se les pide que cumplan la ley, o más modestamente las ordenanzas, algunos lo interpretan como un ataque al modelo organizativo popular. Aquí han pasado muchas cosas en todos estos años, algunas tan sencillas pero sustanciales como cierta imprecisión en el uso de las palabras. La definición de pueblo, por ejemplo, es compleja, pero no acomodaticia. Y democracia es rendir cuentas, entre otras cosas honorables.

Beber a la intemperie

El botellón es ya objeto de sesudos análisis sociológicos. La chavalería responde a las encuestas con algunas razones incontestables, como el ahorro y la garantía de que no le sirvan matarratas. Otras respuestas son más sorprendentes, como ésa que dice que en la calle pueden hablar mientras en las discotecas y los bares de copas no hay quien se entienda.

Una generación de camareros se ha quedado sorda porque los dueños de los bares creyeron que la juventud odiaba la retórica, incluidos los monosílabos y las onomatopeyas, pensaron que le gustaba mucho más la comunicación gestual, enronquecer gritándose en la oreja. Ahora resulta que los chicos se juntan en la calle no sólo para pimplar barato y por libre sino también por la conversación. A ver si el culto al decibelio fue una tontada que se copiaron unos a otros en los bares modernos, cuando no le gustaba a casi nadie... Hay lobbies secretos muy fuertes, como ése de calvos que puso de moda el rasurado capilar. Tal vez fue un lobby de tímidos o de quienes no tienen nada que decir el que inventó la música ambiental. Ya era raro que les gustara a todos. No había sucedido nunca de modo tan generacionalmente unánime.

Y ahora los chicos se reúnen en los parques, en las playas, las plazas con estatua, sentados o de pie pero en corro al calor del agua de fuego y la palabra. Les ha dado por hablar en el ágora, todos a la vez, como los estorninos. Chicos de crepúsculo y arrabal pero también del mismo centro, modernos y antiguos, universitarios, de la ESO y FP. Empezaron transgrediendo con meados unisex, vomitonas, cristales rotos, comas etílicos, pero luego parece que se han ido moderando y que en Bilbao, al menos, controlan bastante. Se reúnen en lugares apartados, como los laberintos fabriles de la vieja Zorrozaurre, para no molestar a los vecinos. A los adolescentes de todas las épocas les gusta sobre todo preocupar a sus padres, se portan mejor cuando ellos no están. Los chicos del botellón de Bilbao utilizan el recogedor y pasan el mocho en cuanto ven venir a los municipales.

Científica y municipal

Parece que los gangsters de verdad no eran así antes, que es ahora cuando imitan la imagen que se da de ellos en las novelas y las películas. Hablan ronco como el primer Corleone, cuidan la ropa, como el segundo, van al psiquiatra sin que nadie se entere, como Soprano. No sé si los agentes de la policía científica municipal se dividen entre pelirrojos que caminan despacio y se quedan mirando un rato antes de hablar, como Horatio, y otros polis más naturales, tipo Grissom, pero seguramente CSI despertó algunas vocaciones, a la hora de apuntarse a la profesión o a la de especializarse, ya en la fase de promoción interna.

Las piruetas deductivas de Sherlock Holmes tenían como base la observación de unos detalles que a los lectores les pasaban inadvertidos. Desde que hemos visto la serie del CSI nos parece que para resolver los casos más complicados basta con localizar restos orgánicos y meterlos en una centrifugadora. ADN para todo. Parece que no es así, entre otras cosas porque saldría muy caro en asuntos de poca monta. El equipo base del detective sigue siendo la lupa, y la técnica fundamental, el seguimiento de las huellas dactilares.

Lombroso medía el cráneo de los criminales para diseñar clasificaciones que ayudaran a los polis a reconocerlos a primera vista. Si las criminales eran mujeres, se fijaba en los tatuajes, que venían a ser, cien años atrás, una confesión de mala vida en toda regla. Después de tantas películas, primero de detectives con cerebros prodigiosos, y luego otros polis más toscos pero eficaces de cine negro, sabemos que al criminal no se le descubre a simple vista. Uno de los trucos más viejos de guión consiste precisamente en dejar pistas falsas con tipos patibularios que luego son inocentes. Tranquiliza saber que la policía científica, incluida la municipal, dispone de alta tecnología (me van a perdonar que no les cuente los detalles más sofisticados, no vaya a suceder que los criminales lean los periódicos mientras disimulan con ellos hasta la hora de dar el golpe).

Serán nuestras estrellas

Cuando yo era niño, tampoco fue en la Prehistoria, podían oírse diálogos como de Chumy Chúmez. Habían llamado a la puerta. “¿Quién es?”, preguntaba alguien antes de abrir. “La Muerte”, respondía el cobrador del seguro para simplificar. Las familias pagaban el recibo de la muerte, apuntaban a los niños recién nacidos a un plan vitalicio de pagos de la muerte. Ahora se hace menos, no tanto por rentabilidad, seguramente, como por aprensión. La gente se hace más la despistada, elude la conversación y el pensamiento, le incomoda que se lo anden recordando cada mes, lo deja para más adelante. A veces es un problema. Hay familias a las que les toca pasar, en los entierros, el segundo mal trago de tenerlo que mirar todo mucho, la madera del ataúd, las coronas, las esquelas. Pagan en diferido como antes pagaban con antelación. Acabarán diseñando ataúdes los de Ikea.

Cuando los tiempos vienen malos, lo acaba notando todo el mundo, incluso las empresas de pompas fúnebres, no porque haya menos muertos sino porque los vivos no van sobrados. No es un negocio seguro, como sugiere el tópico. Hay empresas que no tienen el tamaño idóneo, hay absorciones y fusiones, aseguradoras que se entrometen para diversificar

el negocio, que lo mismo ofrecen un seguro de vida que de muerte.

Cuando yo era niño se distinguía muy bien el día de los santos del de los difuntos, no había puentes ni escapadas. Los maestros y los curas eran partidarios de que fuéramos aprendiendo cuanto antes lo que hay, y nos llevaban al cementerio, de paseo, en el día de difuntos. Nunca he envidiado tanto a nadie como entonces a los compañeros que parecían más inconscientes pero sólo eran más sabios, que se perseguían entre las tumbas y los panteones, se tiraban castañetas de ciprés, gastaban bromas macabras. Alguno de aquellos niños ha vuelto ya, sólo es cuestión de tiempo y estadística que vayan llegando las promociones. “En las noches futuras serán nuestras estrellas”, canta Fischer -Dieskau en una de las hermosísimas “Canciones a la muerte de los niños”, de Mahler.

El estilo y los espejos

Hay quien visita al peluquero sólo cuando el pelo se le encarama por el cuello de la camisa. Tras el saludo, el diálogo habitual, palabra por palabra: “¿Qué, cómo lo hacemos?” “Como siempre, ni mucho ni poco”. Ya de acuerdo en el diseño, pasamos a la conversación. Un peluquero siempre está bien informado. Puede llevar razón o no, puede empeñarse en mantenerla, o ceder, sea mirando por el negocio o por buena crianza. A mí me gusta que tengan opinión y sean apasionados, no hay nada que se haga tan largo como el parloteo insustancial o el silencio irremediable en ese momento en que nos miramos furtivamente en el espejo. Todavía quedan peluqueros como los de antes, no me refiero a que hayan vuelto a sacar muelas o usen bacía, sino que saben ser discretos mientras trabajan, alternan la conversación y el silencio, al gusto, sacan un tema justo en el instante en el que nos miramos como sin mirar en el espejo y nos quedamos un poco pensativos.

Para ser peluquero hay que ser algo filósofo. He tenido peluqueros que criaban canarios, hacían esculturas con raíces, nadaban a mar abierto todos los días del año... Tuve peluqueros que daban tirones, rasponazos, cortaban a maquinilla, tijera o navaja, “para peinar”, hacia atrás, con raya a

un lado o en medio, con flequillo Liverpool, por encima de la oreja, por debajo... Bueno, ya ven, no estoy muy puesto en estilismo contemporáneo. El estilo no se busca, se tiene. El estilo, decía Schopenhauer, sólo consiste en tener algo que decir. Pero bueno, allá cada cuál si prefiere alguna variedad del barroco.

Hay un instante melancólico ante los despiadados espejos de las peluquerías. Ensayamos entonces un gesto deportivo algo forzado. Y es que apenas nos reconocemos a pesar de que hace ya tiempo que decidimos quedarnos en la estética de los años gloriosos, con aquel calculado descuido. Uriarte lo primero que hace, nada más terminar la sesión, es correr a casa a despeinarse. Pablo aconseja no cortarse jamás el pelo días antes de algún evento en el que tengamos que ser más o menos nosotros.

Algo pasa

Algo pasa en el movimiento obrero. Unos sindicatos, otros sindicatos, parte de los sindicatos. Sindicatos de clase, profesionales, abertzales, estatales... que actúan según a favor de qué o contra quién. Ni juntos ni revueltos. La orquesta del Titanic toca canciones desafinadas mientras se hunde el Estado social y los orientales nos comen por las patas. “Ha vuelto Rasputín”, cantaba Sabina tras la caída del Muro. “Ha vuelto Adam Smith”, podría cantar ahora. Los mercados devoran el Estado protector y los sindicatos se fajan en asuntos menores, antipáticos, sectarios: subidillas salariales, libranzas, sacralización de días míticos para el movimiento obrero internacional como Nochebuena o Santo Tomás, mientras crece el número de parados y decrece el gasto social. Para atrás, como el cangrejo. El efecto multiplicador del malestar en el transporte, ahora Metro Bilbao, confiere a los sindicatos una apariencia de fortaleza de la que carecen en otras convocatorias. Los parados no deben de estar entendiendo nada.

Los chicos mejor preparados de la Historia siguen en el paro, a los muchachos del 68 y sucesivos, que han cotizado un montón tras renunciar a buena parte de sus sueños, sosteniendo jubilaciones ajenas, algunas de ellas extraordinariamente frívolas,

les van a exprimir hasta que no quede nada que echar al container. Lo piden los mercados y obedece una socialdemocracia asustada, cogida en una pinza que le llevará a la catástrofe. Vaya plan, Montalbán.

En lugar de ocuparse de esas cosas, los sindicatos se ganan la antipatía de los ciudadanos, de los comerciantes y hosteleros. Nadie comprende que se pongan como panteras por minucias, alterando el transporte en fechas significativas, perjudicando a los ciudadanos, a los comerciantes que confían en salvar una campaña difícil. Hasta ayer esto era Florida. Mozalbetes de 50 se despedían para siempre de prósperos bancos, compañías de comunicación o energéticas, de siderurgias o astilleros ruinosos, camino de las playas. Y ahora esto. Y el movimiento obrero, mientras tanto, ocupado en ventajillas de señoritos.

2011

Son días de buenos propósitos y deseos, expresados con sintaxis sintética por el uso, vasco/castellana, escueta más que esencial, surrealista, propia de antiguos telegramas, actuales SMS o futuros mensajes interestelares: “Si no nos vemos, a pasar buena noche”, “Si no nos vemos, feliz salida y entrada”, “Si no nos vemos, Próspero Mérimée”. Y si nos vemos, también, ya puestos, chin, chin. Los números redondos no tienen nada de especial, salvo la constatación de que seguimos necesitando compartimentar el tiempo para que nos deje vivir sin darle más vueltas de las saludables. Y en cambio los profetas agoreros intentan ponernos nerviosos justo en estas fechas. Deberíamos conjurarnos para evitarlo. La curiosidad y el amor mueven el mundo, viejo Marx, no sólo la pasta.

Nos ha tocado vivir malos tiempos, como a todos los hombres de la historia, cito a Borges de memoria, más o menos. Nos tocaron a todos años malos y buenos, y si algo hemos aprendido es que la felicidad y la tristeza no dependieron de los acontecimientos históricos, ni de la evolución de los ciclos Kondrátiev, esas olas alternas de prosperidad y penuria. Fuimos razonablemente felices cuando tuvimos menos, y nos llevamos algún susto, cuando tuvimos más. Los

buenos momentos hay que saber cazarlos al vuelo. El mejor deseo cumplido sería que no estuviéramos en la inopia, cuando lleguen. El mundo sería mejor si fueran razonablemente felices, o al menos serenos, los hombres de buena voluntad e incluso los canallas.

El joven Zarracina, de cuya amistad nos sentimos tan honrados, ustedes y yo, ha felicitado el año a los colegas con un soneto: "Munich, 31 de diciembre de 1918. Un joven cabo alemán desmovilizado recorre la Ludwigstrasse mientras enuncia mentalmente sus píos propósitos para el año nuevo." No se lo voy a transcribir completo, aunque seguramente sería de su agrado (el de ustedes, no sé si el de Pablo, que es un poco inglés). Sólo tres versos: "No es tan difícil, Adolf, proponerse / tener algo de humor, ser tolerante, / encontrar la belleza del instante..."

Insólitos neoliberales

Los chinos se han puesto de moda. Hasta hace nada, los japoneses eran los listos, los chinos nos parecían más papones. Ahora los chinos les han hecho una llave de judo a los japoneses, se han puesto encima como segunda potencia económica mundial. Ayer veíamos estupendas películas de crudo neorrealismo chino, como “El camino a casa”, pero hoy crecen a un diez por ciento anual, nos echan un capote comprando deuda soberana y Obama se propone impresionarles con un despliegue de glamour mientras el jefe de los chinos sonríe misteriosamente. Podrían comprar media Europa con las divisas que han acumulado vendiendo abalorios, plagios y, sobre todo, mano de obra barata de firmas deslocalizadas.

Los chinos van a su bola. Se siguen creyendo comunistas y sólo lo son en cuanto a la falta de libertades. Hacen trabajos de chinos durante muchas horas pagadas a perra gorda. Ése es el plan. Hay insólitos neoliberales entre nosotros que proponen el modo de producción chino, es decir, jornadas de catorce o quince horas, ver para creer, vivir para trabajar. Los chinos lo copian todo sin ningún pudor, no consideran un mérito la creatividad individual (son colectivistas), hacen dumping,

practican un monetarismo creativo y desleal, copian tanto que nos han copiado las condiciones de trabajo y las condiciones de vida de la primera industrialización, los tiempos difíciles de Dickens, el darwinismo social. Nadie podrá competir con ellos salvo aceptando la pérdida del bienestar y del Estado del Bienestar. Esas diferencias comerciales se resolvían antiguamente de muy mala manera. Ahora, por fortuna y por temor, se intenta la vía diplomática.

El alcalde Azkuna quiere traer turistas chinos a Bilbao por millones, como hacen ellos las cosas. Cuando habla de los chinos elige adjetivos admirativos y estruendosos. Hay quinientos establecimientos regentados por chinos en Vizcaya. Preparan buenas gildas, tiran bien las cañas, ponen gin tonics exactos... Abren los domingos. "Bueno, no", dice la peluquera china al periodista, al captar la mirada enigmática que le envía su marido chino.

Tiempo de acuerdos

Llevamos mucho tiempo hablando de la crisis y ya era hora de añadir algo nuevo a la conversación. Tal vez haya empezado el tiempo de los acuerdos. Acuerdos sociales entre el gobierno, los sindicatos y empresarios, a los que se irán sumando otros partidos políticos, si no todos, para conformar unos Pactos de la Moncloa 2. De la necesidad, virtud. Acuerdos políticos entre partidos que hasta ayer se dieron mucha caña, en el parlamento vasco y en el de la nación, que sirven para sacar adelante proyectos compartidos. Parece que se ha acabado el tiempo de la bronca. La ciudadanía suele premiar, a medio plazo, a los partidos que son capaces de ponerse de acuerdo, al menos en situaciones críticas, prefiere que las instituciones lleguen a acuerdos prácticos para resolver problemas concretos. Las instituciones son de todos, no de quien temporalmente las administra. No importa tanto quién haga las cosas como que las cosas se hagan.

Esta semana se van a reunir representantes del gobierno de España, el gobierno vasco, la foralidad de Bizkaia, la Confederación Hidrográfica del Cantábrico, la municipalidad de Bilbao, etc. Van a intentar ponerse de acuerdo en el diseño más adecuado, pero también en la financiación y

el cronograma de las obras que blinden Bilbao de las inundaciones, el viejo sueño.

Ya hubo un diseño plausible, que anunció la Diputación en 2001, y una declaración de intenciones del gobierno central para llevarlo a cabo en 2007. Luego, las cosas del dinero, ya saben, se complicaron. Ahora el asunto va en serio. En una primera fase se dispondrán barreras portátiles, que se adhieren a los diques y elevan la altura de contención, como si fueran los segundos y altos muelles con que resolvieron sus problemas fluviales Roma o París. Y en la definitiva, un gran túnel resolverá, a modo de gigantesco desagüe las situaciones más complicadas, como en Verona. Son noticias esperanzadoras, por variar, las barreras, el colector, el tiempo de los acuerdos, la reunión interinstitucional de la semana, el futuro de las riberas de Bilbao.

El túnel

No, no es una cueva post industrial en el Serantes, no es un abrigo atómico ni la entrada a una ciudad subterránea, como aquella que imaginó Antonio Altarriba bajo la tundra siberiana y soviética, en su novela “La memoria de la nieve”. No es el escenario de un macroconcierto, nunca mejor dicho underground, ni una catedral grotesca diseñada por aquel artista polifacético, Paul Virilio, que inauguró La Alhóndiga para pasmo general. No es que la familia de Chillida, con la crisis, haya cambiado la horadación del Tindaya por un monte más cercano. No es una leyenda urbana, es un túnel que lo es pero no lo es porque se ha quedado a medias, al que no le falta tanto pero le falta lo sustancial para ser conceptualmente un túnel, la luz en el otro lado. Es un túnel inacabado, que es real, pero podría usarse también como una metáfora melancólica.

Todo empezó con Álvarez Cascos, conocido como “el de la motosierra” cuando estaba en asuntos internos de su partido por que les ajustaba las cuentas con rigor a los disidentes antes de descubrir el encanto de la disidencia. Luego fue ministro de Fomento y muñidor de aquel romántico flirt entre Aznar y Arzalluz. Cascos, que siempre ha sido un sentimental, de fulminantes amores y desamores, le traía al

aita Arzalluz camelias del jardín de sus tías, y Arzalluz presumía de que a estos pretendientes les había sacado más que a ninguno.

Hasta ayer pensábamos que vivir era crecer y seguir creciendo, muerto un león nos poníamos a pensar en otro, como Hemingway cuando le importaban los leones y las cosas. Concebíamos el progreso como un ruido de hormigoneras, martillos neumáticos y aplausos inaugurales, pero era también un hormigueo similar al que sienten los turistas enganchados cuando están ya pensando en el próximo viaje sin esperar a que termine el anterior. Ahora toca parar y lo entendemos todos pero no hay quien lo entienda porque hay que ahorrar pero también invertir, mientras los economistas siguen buscando nombres llamativos, deflación, inflación, estanflación para los galgos o podencos que nos muerden los zancajos.

El suelo sostenible

El geoSílex es un producto que se va a añadir a la mezcla tradicional de cemento, agua y guijarros con que se fabrica la baldosa de Bilbao. Y parece que de esa manera la baldosa dará buena cuenta del CO₂ que flote más o menos a la altura de los zapatos. Como lo oyen. Las baldosas se van a parecer a las de siempre, pero harán también la función de felpudos vegetales.

La columna es un género literario con la consistencia de una pompa de jabón. Lo absurdo es pensar que el columnista sepa de todas las cosas, sólo es especialista en generalidades y sabe algo de sintaxis. Luis María Anson (sin tilde, en inglés) acaba de escribir sobre la perdurabilidad del periodismo literario, Dios le oiga. Pero pueden, en cambio, ahorrarse su decepción, tal vez esperaban demasiado, los ingenieros, físicos, químicos, biólogos... Habría que ver cómo les salen a ellos las columnas. Al columnista sólo le suenan de nombre la física del estado sólido o la resistencia de materiales. La palabra geoSílex le trae a la memoria la cantera de los Pica-piedra, sus fantásticas propiedades le recuerdan el gomabol, aquel invento de Fred MacMurray con el que daba paseos por el cielo al volante de su viejo ford y los chicos del equipo

de baloncesto local saltaban hasta el techo, en “Un sabio en las nubes”. Seguro que el geoSílex es estupendo y Bilbao da el campanazo una vez más, pero el columnista se resiste a oficiar de campanero.

Entonces aparece el concejal de obras y servicios, y el columnista abandona su papel de sostén del fuste de Bilbao, no va a enmendarle la plana, no va a ser más papista que el Papa, como decía Saza en “Amanece que no es poco”. Quién iba a pensar hasta hace poco en las propiedades del silicio, y ahí tienen Silicon Valley. Ahora saltan a la palestra, con el geoSílex, Zamora y Sopuerta. Si el concejal dice que la baldosa de Bilbao se encargará, sin perder consistencia, del primer tiempo de la fotosíntesis, pues será. Tal vez el futuro sea eso, un planeta casi deforestado, pero con las aceras y las terrazas ocupándose de la función cloroflica.

La última vuelta del camino

Me caía bien la reina madre de Inglaterra, que fue longeva sin renunciar a la vida social y el gin tonic, con aquellos sombreros. Dicen que era imbatible en las conversaciones de bolsillo, más o menos como aparece en la estupenda película “El discurso del rey”. Le va el papel a Helena Bonham Carter. Resulta simpática la resolución con que pelea la reina por su marido, el acomplexado Bertie, aunque dicen que de joven le había hecho tilín el duque de Windsor, aquel sentimental de pega que salía en las revistas ilustradas como el último romántico, junto a la señora americana con quien mantuvo una oscura intimidad (el principal legado para la historia del duque de Windsor fueron los pantalones con vuelta, que inventó sin pretenderlo al doblárselos por el barro en el Derby de Epson). Me gustaría pensar que estuvieron bien juntos, Bertie y la reina madre, tras el mayestático embrollo. Si fuera como la reina madre, con su sonrisa, sus gin tonics, sus suaves adjetivos, sin grandes males ni grandes remedios, tal vez a mí tampoco me importaría llegar a los cien. No sé.

El escritor que más y mejor escribe sobre la decrepitud de la edad, sin ahorrarnos un realismo casi forense, es Philip Roth. He decidido que ya tengo bastante, no voy a seguirle

por ese camino. Recrearse en el descacharre no es nada inglés. Tampoco son ingleses, en el otro extremo, las bobadas condescendientes. Si conservo el espíritu, el tono de voz y un bastón a mano, se van a enterar si me vienen con diminutivos y tonterías.

Hace un tiempo dieron en la televisión uno de esos programas bienintencionados y bobalicones. Preguntaban a una señora muy mayor qué era lo que más le gustaba en la vida. Y ella respondió, sin ponerse enfática ni profunda, que dormir. No es verdad que aumente la esperanza de vida. No se ha alargado la vida, sino la vejez. No se vive más, se dura más, la vida se estira por la parte contratante de la segunda parte. Tal vez no sea una crueldad sino un don de la biología, que nos volvamos algo ingleses justo antes de dormir, tal vez soñar.

Índice

El embrujo de Shangai	7
Tiendas sin mostrador	9
Los niños del 37	11
La marea de mañana	13
Tiempo de ceniza	15
Poema pedagógico	17
El color del agua	19
Aniversario cósmico	21
Muchedumbres solitarias	23
Animales	25
Teoría de colas	27
Itxas Lur	29
No son marcianos	31
Pasadoscope	33
Los olvidados	35
La carretera	37
Darse de baja	39
La geometría de los puentes	41
Vizcaíno es el hierro	43
Rituales	45
Tiendas abiertas	47
Campo/ciudad	49
Pasadoscope 2	51

Nadie dijo que fuera sencillo	53
Pequeña clase media	55
Dibujos urbanísticos	57
El dedo de Galileo	59
La noche y la ley.	61
Diseño de jardines.	63
Una idea donostiarra	65
¿Artistas o artesanos?	67
Jardines como metáforas	69
Al cerrarse la puerta	71
Flores en la cuneta	73
Noches blancas	75
El tiempo de los socorristas	77
Exotismo y filantropía	79
Esculturas sin título	81
Aritmética municipal	83
Higiene y salud	85
Estética de la voluntad.	87
Vivir en cuesta	89
Héroe busca empleo	91
Cosas de chicos.	93
Ranking	95
El rap de la manta.	97
Slow food	99
Por ahí resopla	101
Unas madres	103
Registro de la propiedad	105
Los tramposos	107
Policías y ladrones.	109
Lumpen y estorninos.	111
Residencia en la tierra	113
El tiempo del revés	115
La delicadeza del cemento armado	117
Bronce y madera.	119
Lo raro es fumar	121
Impuestos y lenguaje.	123

Ardor y pedagogía.	125
Bilbao, Shangai, Bilbao	127
Bisutería de los sentidos	129
Continúa el misterio	131
Mañana de carnaval.	133
Exigencias del guión	135
Fútbol y kalimotxo	137
Tibia cuna.	139
A su manera	141
Picos, palas y azadones.	143
Beber a la intemperie	145
Científica y municipal	147
Serán nuestras estrellas	149
El estilo y los espejos	151
Algo pasa	153
2011	155
Insólitos neoliberales.	157
Tiempo de acuerdos	159
El túnel.	161
El suelo sostenible.	163
La última vuelta del camino.	165

